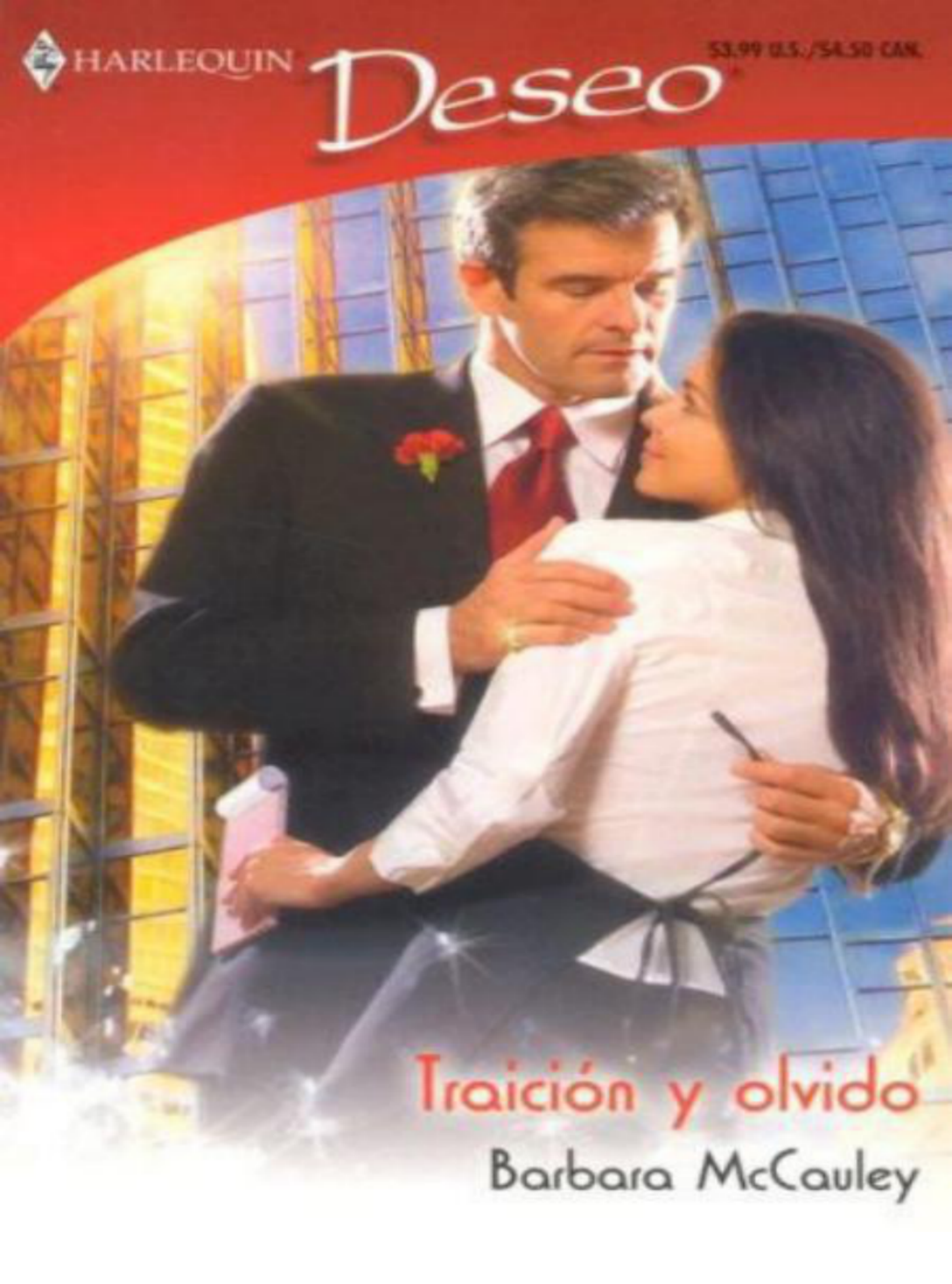


HARLEQUIN
$3.99 U.S./$4.50 CAN.
Deseo
Traición y olvido
Barbara McCauley

Traición y olvido
Barbara McCauley
12 Blackhawk - Sinclair
Traición y olvido (2007)
Título Original: Blackhawk's betrayal (2006) **Serie:12** Blackhawk - Sinclair
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1503
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sam Prescott y Kiera Blackhawk

Argumento

¿Qué haría él cuando la verdad saliera a la luz y descubriera que le había estado mintiendo desde el principio?

Kiera Blackhawk sólo quería saber la verdad sobre su pasado. No había imaginado que se enamoraría locamente de su cautivador jefe, Sam Prescott.

Cada vez que la acariciaba, Kiera sentía que su cuerpo empezaba a arder y cada vez que la miraba, sentía la tentación de compartir con él todos los secretos que sabía debía guardar para sí. No podía dejarse seducir por el guapo director del hotel, pues él era leal a la familia que ella podría destruir con sus secretos…

Capítulo Uno

Debería estar en París.

Suspirando, Kiera miró el reloj en el salpicadero del coche de alquiler. Las nueve y media. Si hubiera subido al avión aquella mañana, habría aterrizado en el aeropuerto Charles de Gaulle dos horas antes y, en aquel preciso instante, estaría en el hotel Château Frontenac, llamando al servicio de habitaciones o disfrutando de un expreso mientras saboreaba unas *navettes*. O dejándose caer sobre una cama con dosel estilo Luis XVI.

En lugar de eso, estaba en el aparcamiento de un motel de carretera llamado Shangri-La, en un lugar remoto de Texas.

El cartel de neón rosa decía:

Bienvenidos. Aparque su coche en la parte delantera. Los caballos en la parte de atrás.

Kiera no sabía si reír o llorar, de modo que enterró la cara entre las manos e hizo ambas cosas.

—Maldito seas, Trey —murmuró, con los dientes apretados—. Maldito seas, maldito seas, maldito seas…

Estuvo llorando durante unos diez segundos, pero después se secó las lágrimas y sacó un espejito del bolso para estudiar su rostro.

«Da miedo», fue lo primero que pensó.

«Pues arréglate un poco», fue lo segundo.

Murmurando palabrotas, sacó una cajita de maquillaje compacto con el que intentó disimular el hematoma que. tenía sobre el ojo izquierdo. No lo tapaba del todo, pero era lo mejor que podía hacer a menos que se pusiera las gafas de sol…pero considerando que era de noche, eso podría llamar más la atención.

Y eso era algo que Kiera no deseaba.

Colocándose el flequillo para tapar un poco el cardenal, salió del coche y estiró sus doloridos músculos. Estaba demasiado cansada como para preocuparse porque la falda, de un blanco inmaculado diez horas antes, ahora pareciese un pañuelo que hubiese llevado arrugado en el bolsillo. Y tampoco le importaba un bledo que la blusa verde sin mangas, limpísima y recién planchada cuando salió del rancho aquella mañana, ahora pareciese una lechuga marchita.

Las cosas eran como eran.

El estruendo de un enorme trailer que pasaba por la autopista, a pocos metros del motel, interrumpió sus pensamientos.

Suspirando, Kiera se colocó el bolso al hombro, cerró el coche y se dirigió a la puerta. La humedad y el sudor hacían que la blusa se pegara a su cuerpo como una segunda piel. «Una ducha», pensaba.

Necesitaba una desesperadamente. Una larga ducha para quitarse de encima el calor y el polvo del viaje.

Cuando abrió la puerta de cristal sonó un timbre. Olía a café rancio. La chica del mostrador, una típica rubia de Texas con mucho pelo, tenía la mirada clavada en una pantalla de televisión.

—Enseguida estoy con usted —murmuró, sin mirarla siquiera.

Kiera contuvo un sollozo. Nacida y criada en Texas, sabía lo que significaba

«enseguida estoy con usted»: entre dentro de un rato y nunca.

Vivir en Nueva York durante los últimos tres años la había convertido en una persona impaciente. Se había acostumbrado al frenético ritmo de una ciudad llena de atascos, rascacielos y gente que siempre tenía prisa. Con una tienda de delicatessen en cada esquina, además, porque nadie tenía tiempo para cocinar.

Pensar en eso le recordó que no había comido en todo el día. Mataría por un bocadillo en aquel momento. Uno con jamón, queso, lechuga, mayonesa, tomates y…

—¡No!

El grito sobresaltó a Kiera, que sujetó su bolso con las dos manos, nerviosa. La rubia había levantado los brazos, enfadada, y los aros que llevaba en las orejas se movían como locos.

—Sabía que no se podía confiar en esos dos —exclamó, señalando la televisión con gesto airado—. La pobre lleva ocho semanas aguantando a esos imbéciles de Brett y Randy… ¿y qué consigue? ¿Qué?

Kiera no sabía si la mujer, Mattie, según decía la plaquita que llevaba en la camisa, quería una respuesta, pero lo dudaba.

—Una patada en el trasero, eso es lo que consigue —siguió la rubia —. Son unos canallas de la peor especie.

Sacudiendo la cabeza, Mattie tomó el mando y bajó el volumen de la televisión antes de volverse hacia Kiera con una sonrisa en los labios.

—¿Quiere una habitación?

Ella vaciló. Quizá debería buscar un hotel en la ciudad… Algún sitio que no estuviera en medio de la autopista, algún sitio que fuera más… seguro. Luego recordó que llevaba muy poco dinero y sacudió la cabeza con aprensión.

—En el cartel dice que hay habitaciones libres.

—Claro que sí. ¿Sencilla o doble?

—Sencilla.

—¿Con cocina?

Kiera no pensaba ponerse a cocinar, pero la verdad era que

tampoco había pensado alojarse allí.

—Sí, por favor.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Pues… no lo sé. Una semana quizá.

—¿Su nombre?

Kiera se lo pensó un momento. No quería usar su verdadero nombre. O, al menos, su apellido.

—Kiera Daniels.

La rubia introdujo sus datos en el ordenador, sacó un papel de la impresora y se lo dio para que lo firmase.

—¿Va a pagar en efectivo o con tarjeta de crédito?

Kiera pensó en el nombre que aparecía en la tarjeta de crédito… No, además, podrían encontrarla fácilmente si la usaba.

—Pues… en efectivo.

Levantando una ceja bien depilada, Mattie la miró fijamente.

—Tendrá que pagar por adelantado las dos primeras noches.

—Muy bien.

Kiera sacó su monedero y se le encogió el corazón al recordar que lo llevaba casi todo en francos, una moneda que allí no serviría de nada. Contó el dinero que llevaba en dólares y dejó unos billetes sobre el mostrador. Con un poco de suerte podría aguantar dos o tres días más antes de quedarse sin blanca.

Mattie miró los billetes y luego volvió a mirarla a ella con expresión pensativa.

Kiera tragó saliva, incómoda.

—¿El marido o el novio?

—¿Perdone?

—Mira, sé que no es asunto mío, pero es imposible no ver el hematoma que tienes en la cara.

Por instinto, Kiera se echó el flequillo hacia delante. De modo que el maquillaje no había servido de nada…

—No… no es eso. Es que me caí de un caballo.

—Como he dicho, no es asunto mío —sonrió Mattie—. Pero cuando una chica entra en mi motel de noche, sola, agotada y con un hematoma en la cara es mi obligación cristiana preguntar.

¿De verdad estaba tan mal?, se preguntó Kiera, mordiéndose los labios. Con la ropa arrugada y los ojos colorados de tanto llorar debía tener un aspecto horrible.

—Si quieres contármelo… Yo sé algo sobre los hombres. Dicen por ahí que hay alguno bueno, pero, cariño, en mi opinión, son todos unos cerdos.

En aquel momento, Kiera casi podría estar de acuerdo con ella,

pero decidió no hablar del tema.

—Si no le importa darme la llave…

—No, claro —Mattie se encogió de hombros—. Habitación 107.

—Gracias.

—Si necesitas un trabajo, están contratando personal en un hotel de la ciudad.

—Gracias, pero…

—Yo podría recomendarte —la interrumpió Mattie—. Mi hermana Jane es la directora de Recursos Humanos. Seguro que encontraría algo para ti.

—Pero es que…

—No hace falta que tengas experiencia —siguió la caritativa rubia —. Tienen muchos puestos de trabajo desde que ampliaron el hotel. Entre las convenciones, las conferencias y los banquetes de boda, siempre está hasta arriba. Creo que la nueva propietaria, Clair Blackhawk, es estupenda, además.

¿Blackhawk?

Ese nombre hizo que Kiera se quedara sin aire.

—¿Ha dicho Blackhawk?

—Bueno, ése era su apellido, pero se casó hace unas semanas así que no sé cómo se llama ahora —Mattie chascó los dedos—. Ah, sí, Carver. Clair Carver.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, a Kiera le resultaba difícil concentrarse. El apellido Carver no significaba nada para ella, pero Blackhawk…

¿Sería posible? Tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrar a la rubia del brazo y preguntarle directamente…

—¿Te encuentras bien?

Ella parpadeó, nerviosa.

—¿Qué?

—Estás un poco pálida. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es que… ha sido un día muy largo —contestó Kiera. «El más largo de mi vida», pensó—. Agradezco su preocupación, pero estoy bien.

Mattie asintió con la cabeza, aunque no parecía convencida del todo.

—Tu habitación es la última de la izquierda, pasando por delante de la máquina de hielo. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias.

Con las rodillas temblando, Kiera volvió a su coche. No sabía cuánto tiempo estuvo allí, confusa, mirando al vacío. De pequeña siempre le había dado miedo la oscuridad. Sabía que en la oscuridad

se escondían monstruos esperando para comerse a los niños…

A los veinticinco años, quizá aún le daba un poco de miedo la oscuridad.

Cuando por fin volvió a entrar en el motel, Mattie apartó la mirada de la televisión. —Sobre ese trabajo…

Cuando Sam Prescott hacía su ronda diaria por el vestíbulo del hotel Cuatro Vientos, los botones se cuadraban, los empleados sonreían de oreja a oreja y los camareros se apresuraban a hacer su trabajo. Todo el equipo del hotel más lujoso del condado de Wolf River sabía que al director general nada le pasaba desapercibido.

Los suelos de mármol blanco y los cristales de las ventanas tenían que estar brillantes, los uniformes limpios y bien planchados, las flores frescas…

La mandíbula cuadrada de Sam hacía juego con su pelo oscuro y sus profundos ojos marrones. Era una combinación que hacía suspirar a las señoras maduras y reír nerviosamente a las chicas. Y con su metro noventa y tres y sus anchos hombros, llevaba un traje de Armani como nadie.

Algunas mujeres afortunadas sabían que sin el traje era aún más atractivo.

Joseph McFearson, el conserje del Cuatro Vientos, se llevó una mano a la gorra cuando lo vio acercarse.

—Buenos días, señor Prescott.

—Buenos días, Joseph —lo saludó Sam. Joseph era uno de los pocos empleados de su misma estatura—. ¿Cómo está Isabel?

—Furiosa porque los chicos no nos llaman más a menudo —contestó el conserje

—. Dice que tienen el corazón de hielo, como su padre.

Sam sonrió. Todo el mundo sabía que Joseph tenía un corazón de oro. Y todo el mundo sabía, también, que su mujer lo adoraba.

—Salúdala de mi parte.

—Lo haré —el conserje asintió con la cabeza—. Llame a su madre —dijo después, cuando Sam se alejaba.

«Debería hacerlo», pensó él. Hacía tiempo que no la llamaba. O quizá podría mandarle unas flores. La última vez que la llamó, lo único que le dijo fue: «Samuel, tienes treinta y dos años, ¿cuándo vas a dejar de vivir en hoteles y a darme más nietos?»

—En cuanto encuentre a una chica como tú —le había dicho Sam, para aplacarla. No tenía intención de casarse, pero sabía que debía darle esperanzas.

Después de hacer la ronda completa, Sam entró en un ascensor con paredes de espejo. Tenía una reunión a las diez con Clair y otra a las

doce con los concejales de urbanismo de la ciudad. Los Cuatro Vientos había construido más plantas de lo previsto y pensaban seguir construyendo hacia arriba para hacer un segundo centro de conferencias.

Las puertas del ascensor estaban cerrándose cuando una mano se interpuso.

Una mano de dedos largos, delgados, sin anillos y uñas cortas, pero arregladas.

Automáticamente, Sam pulsó el botón de apertura.

—Perdone —dijo la mujer, mientras buscaba algo en su bolso.

Era más alta de lo normal, quizá un metro setenta y cinco, esbelta, de pelo largo y brillante. Llevaba un traje rosa pálido con una camisola bajo la chaqueta de un tono verde lima.

Y olía muy bien. Pero estaba de espaldas, de modo que no podía verle la cara.

—¿Qué planta? —preguntó él.

—Espere… ah, aquí está —murmuró la joven, sacando un papel del bolso.

Iba a pulsar un botón cuando vio que ya estaba pulsado.

—¿Va a la sexta?

«Vuélvete», pensó él. «Sólo un poquito».

—Sí, gracias.

Discretamente, Sam la miró por el espejo. Después de todo, era su trabajo fijarse en la gente que entraba en el hotel, razonó. Parecía tensa y apretaba el bolso contra su costado como si le fuera la vida en ello.

La planta sexta era toda de oficinas, de modo que debía haber ido por una cuestión de trabajo…

Sam iba a presentarse a sí mismo cuando empezó a sonar su móvil. Era Clair.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y la mujer desapareció.

Sam salió también y se quedó observando el movimiento de sus caderas y las largas zancadas de aquellas piernas tan bien formadas. Cuando se detuvo frente a la puerta de Recursos Humanos, suspiró. Una pena. Si había ido a buscar trabajo, su fantasía de tener aquel pelo oscuro y brillante deslizándose por su torso desnudo se habría hecho pedazos.

Regla número uno: No salir con ninguna empleada.

Pero el móvil seguía sonando y decidió contestar:

—Buenos días, jefa.

—Hoy puedes ser tú el jefe, Prescott. De hecho, creo que te regalo

el hotel y me vuelvo a la cama.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que el virus que tenía mi sobrino la semana pasada ha decidido visitarme a mí también. ¿Te importaría pedirle a Suz que cancele todos mis compromisos para hoy?

—Sí, claro —murmuró él, mirando a la mujer del ascensor, que estaba parada frente a la puerta de la oficina—. ¿Necesitas algo? Puedo enviarte un poco de sopa.

—Por favor, no menciones la comida. Y Jacob está en casa hoy, así que… Ay, por Dios, otra vez no. Tengo que colgar, adiós. La conexión se cortó. «Pobrecilla», pensó Sam, guardando el móvil en el bolsillo del pantalón. Se le ocurrían cosas mejores que hacer en la cama…

Ese pensamiento lo hizo volver a mirar al otro lado del pasillo. La mujer había desaparecido, pero su perfume se había quedado en el aire. Una fragancia suave que parecía susurrarle al oído. Demonios.

No le había visto la cara. Suspirando, miró el reloj y se dirigió a su despacho.

Como Clair había cancelado su reunión, sería un buen momento para echar un vistazo a los informes mensuales. Al ritmo al que crecía el Cuatro Vientos, apenas podía con todo el papeleo. No tenía tiempo para perseguir a mujeres misteriosas.

Pero a mitad del pasillo se detuvo.

¿Por qué no?, se preguntó.

Aunque solicitara un puesto de trabajo, aún no era una empleada, razonó. De modo que dio la vuelta y se dirigió a la oficina de Recursos Humanos. Podría satisfacer su curiosidad… mientras pudiera hacerlo. No había nada de malo en ponerle cara a ese cuerpo tan sexy.

Entró en la oficina y miró alrededor. La secretaria de Janet no estaba en su mesa y la puerta del despacho principal estaba cerrada. En el antedespacho no había nadie, de modo que la había perdido.

Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, Sam se acercó a la puerta.

—Veo que tiene experiencia en restaurantes, señorita Daniels —oyó que decía Janet—. ¿Alguna en particular?

—Sólo como camarera o ayudante —contestó la mujer—. Pero también tengo cierta experiencia en la cocina.

—¿Está disponible por las noches y los fines de semana?

Sam esperó que la mujer mencionase un marido y unos hijos, pero no lo hizo; sencillamente contestó que estaba disponible a cualquier hora.

—Señorita Daniels… —Por favor, llámeme Kiera. —Kiera, en este currículo no hay referencias. ¿Podrías decirme dónde has trabajado

antes?

Silencio.

—No, señora Lamont. Lo siento mucho, pero… no puedo.

¿No tenía referencias? Sam arrugó el ceño. Janet no podía contratar a una persona que no aportase referencias.

—Kiera —la voz de Janet se suavizó—. Mi hermana me ha explicado tu situación, por eso he aceptado verte enseguida.

¿Situación? Sam se acercó un poco más a la puerta. ¿Qué situación?

—Se lo agradezco y le aseguro que soy muy trabajadora —siguió la joven, con tono desesperado—. Trabajaré las horas que me diga, haré lo que tenga que hacer, pero por favor déme una oportunidad.

Sam volvió a arrugar el ceño. Le daba igual su aspecto o cuál fuera su situación.

Los Cuatro Vientos no era un establecimiento benéfico, era un negocio. Contrataban a la gente basándose en su capacidad profesional, no en que lo pidieran «por favor».

Regla número dos: Las normas del hotel se aplicaban a todo el personal.

Sam desearía ver qué estaba pasando en aquel despacho. Podía oírlas hablar, pero habían bajado la voz y no lograba captar lo que estaban diciendo. Prácticamente tenía la oreja pegada a la puerta cuando volvió a oír la voz de Janet:

—¿Puedes empezar mañana?

¿Qué? Sam levantó las cejas, sorprendido. ¿Janet había contratado a una persona sin ninguna referencia?

—Sí, claro que puedo empezar mañana. Gracias —a la joven le temblaba la voz

—. Muchísimas gracias. No lo lamentará, se lo aseguro.

—Baja a la primera planta y pregunta por Francine. Ella te dará un uniforme.

Sam no solía interferir con el departamento de Recursos Humanos, pero a veces era necesario. Y aquélla era una de esas veces. Cualquier cosa que pasara en el hotel era su responsabilidad y eso incluía contratar o despedir al personal. De modo que sacó las manos de los bolsillos y se preparó para enfrentarse con ambas mujeres. A Janet no le haría ninguna gracia, pero si tenía que desaprobar una de sus decisiones…

La puerta se abrió y su mente se quedó en blanco.

El rostro de la joven era todo lo que había imaginado y más. Una sensual y delicada escultura de pómulos altos, nariz recta y boca de labios carnosos. La piel suave, bronceada, en contraste con unos ojos

azul oscuro. Unos ojos que se abrieron de par en par al encontrarse con los suyos.

La marca oscura sobre uno de esos ojos azules no le pasó desapercibida. Era un hematoma… y, por alguna razón, fue como si le dieran un puñetazo en el estómago.

—Sam, no sabía que estuvieras aquí —sonriendo, Janet se acercó a la puerta—.

Te presento a Kiera Daniels. Kiera, Sam Prescott, nuestro director general.

—Señor Prescott —Kiera sonrió débilmente—. Encantada.

El apretó su mano. Una mano suave y cálida.

—Aquí no somos tan formales, Kiera. Llámame Sam.

—He contratado a Kiera para el turno de mañana del Adagio's —siguió Janet—.

Iba ahora mismo abajo a ver a Francine.

—Bienvenida al hotel Cuatro Vientos —Sam se dio cuenta de que seguía apretando su mano y la apartó enseguida—. Yo también voy abajo. ¿Quieres que té acompañe?

—No quiero molestarle —Kiera se colocó el bolso al hombro—. Lo encontraré sola.

—Estoy seguro, pero no es molestia en absoluto.

Se dio cuenta de que ella quería rechazar la oferta, pero en esas circunstancias no podía hacerlo. La había acorralado y ella replicó levantando un poco la barbilla en un gesto orgulloso.

—¿Querías algo, Sam? —le preguntó Janet.

¿Si quería algo? Ah, sí. Había estado merodeando por la puerta de su despacho,

¿no?

—Hoy tengo una comida con la Asociación de Ganaderos y necesito unos informes. Quiero convencerlos de que tenemos personal suficiente para organizar esa convención.

—Sin problemas —dijo Janet, volviéndose hacia Kiera—, Si tienes alguna pregunta o necesitas algo, no dudes en llamarme.

Sam apretó los dientes. Evidentemente, Janet había dejado que el corazón y no la razón dictase sus decisiones. Yeso era poco habitual.

Regla número tres: No involucrarse sentimentalmente con el personal.

Algo que él no haría, desde luego. —Pero lo que haría, al menos por el momento, era confiar en la decisión de Janet.

Y vigilar a la señorita Daniels, por si acaso.

—Supongo que estará muy ocupado —le dijo Kiera mientras iban hacia el ascensor—. De verdad, no quiero molestar.

—No es molestia —insistió él—. Tenía una reunión a las diez, pero se ha cancelado.

Kiera Daniels le ofreció un amago de sonrisa mientras se colocaba el bolso al hombro. Y cuando no lo miraba, Sam se llenó los pulmones con el aroma de su perfume… y lo retuvo allí un momento.

Por razones que no tenían nada que ver con el hotel, deseó que Janet no la hubiese contratado.

—De hecho… —Sam la siguió al interior del ascensor cuando se abrieron las puertas—. Como tengo una hora libre, ¿qué tal si te enseño el hotel?

Capítulo Dos

Kiera no sabía si había oído bien, de modo que se aclaró la garganta antes de mirarlo a los ojos.

—¿Enseñarme el hotel?

—Todo el personal debe conocer bien el hotel, pero tú no has tenido tiempo,

¿no?

—No, claro.

¿Por qué haría eso?, se preguntó Kiera. Ella había trabajado antes en hoteles y sabía que el director general nunca perdía el tiempo con una simple empleada. Pero también sabía que no podía rechazar la oferta.

—Sólo serán unos minutos —insistió Sam.

—Bueno, si le parece…

—Estupendo.

La sonrisa del director general aceleró su pulso. Algo le decía que poca gente, especialmente mujeres, le decían que no a Sam Prescott. Tenía… presencia. No sólo por su estatura o la anchura de sus hombros. Ni siquiera por esos ojos letales, la mandíbula cuadrada y pelo castaño.

No, era mucho más que eso. La primera vez que entró con él en el ascensor ya se había percatado.

Era un hombre formidable.

Se había mantenido de espaldas a propósito, quizá por instinto de supervivencia, quizá para demostrarse a sí misma que podía resistir. Pero no había podido respirar hasta que salió del ascensor.

Y allí estaba otra vez. En el mismo sitio. Con el mismo hombre. Con la misma sensación de escalofrío.

Trey le había dicho en más de una ocasión que era una ingenua. Cuando discutieron, antes de que ella se fuera del rancho, había vuelto a decírselo. De modo que quizá lo era. Pero no tanto como para creer que la presencia de Sam Prescott en la puerta del despacho de Janet Lamont fuese una coincidencia. Y tampoco como para pensar que eso de enseñarle el hotel era algo habitual.

Desde luego, ella no había hecho nada para atraer a aquel hombre. Que él supiera, Kiera no era más que una empleada… una camarera. No había nada en ella que pudiera llamar la atención del director general.

A menos que sospechara que no estaba siendo honesta…

«Por favor, te estás poniendo paranoica», le dijo una vocecita. Él no podía sospechar nada. ¿Cómo iba a hacerlo?

«Éste tiene que ser el ascensor más lento del mundo».

—No eres de aquí —dijo él entonces.

Kiera vaciló un momento, pero decidió que la mejor manera de evitar preguntas era ofrecer alguna información.

—Nací al este de Texas. ¿Ha oído hablar de un pueblo que se llama Rainville?

—No, la verdad es que no.

—No es precisamente un sitio muy conocido.

Y tampoco era precisamente donde ella había nacido, aunque estaba cerca.

—A menos que le interese la miel.

—¿La miel?

—Rainville es conocido por su miel —contestó Kiera mientras se detenía el ascensor—. Es de muy buena calidad.

—¿No me digas?

Cuando Sam apretó el botón para mantener las puertas cerradas, a Kiera se le encogió el estómago.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

¿En el ojo? Ah, el ojo. Se le había olvidado.

—Me caí de un caballo.

—No te pregunto por simple curiosidad. Si tienes algún problema que pueda acabar involucrando al hotel, tengo que saberlo.

Ah, de modo que por eso se mostraba suspicaz, pensó ella. No porque supiera quién era. Ni porque supiera que estaba mintiendo.

—Todo el mundo tiene problemas, señor Prescott. Pero le aseguro que los míos no afectarán a mi trabajo en el hotel.

Él se quedó mirándola durante unos segundos sin decir nada y después apartó el dedo del botón.

—Sam —le recordó.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, salió de él sin mirar atrás.

Y Kiera lo siguió, con las piernas temblorosas.

La decoración del restaurante Adagio's era contemporánea y elegante. Manteles de lino blanco bien planchados, troncos de Brasil y techos altos invitaban a alargar las cenas. Y la carta sugería probar todos los platos: *fusilli* casero, un *carpaccio* de buey que hacía llorar a los clientes más exigentes y la mejor *creme brulée* del estado, según un crítico, había hecho legendario al restaurante en los pocos años que llevaba abierto.

El fragante aroma de las especias y el pan recién hecho se mezclaba con el ruido de los cubiertos. Los clientes que iban a comer siempre eran más ruidosos que los que acudían a cenar y las

conversaciones animaban el local, suavemente iluminado.

Sentado a una mesa, Sam cortó un trozo del filete que había pedido y masticó despacio mientras Rachel Forster, la directora de publicidad de la Asociación de Ganaderos, hablaba sobre la organización de la convención anual.

—Enviaré un comunicado de prensa a todos los periódicos locales y el martes vendrá un fotógrafo de Texas. Le diré que te llame para pedir cita.

Era más información de la que Sam necesitaba, pero la rubia que estaba sentada frente a él, joven, bien informada y extremadamente eficiente, parecía decidida a explicarle cada detalle.

—Me parece bien.

—También me gustaría publicar un artículo en el *Dallas Register* sobre el chef del hotel. Tengo entendido que ha ganado varios premios importantes. He pensado que podría unir eso de alguna forma con la calidad de la carne de Texas, ya sabes.

—El chef Bartollini se ha tomado seis meses de vacaciones. Un descanso del trabajo.

En realidad, había vuelto a Italia por una emergencia familiar y, desgraciadamente, nadie sabía cuándo volvería o si volvería.

—Hasta entonces, tenemos a Phillippe Girard.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó Rachel.

«No es buena idea», pensó Sam, pero se limitó a sonreír.

—Veré lo que puedo hacer.

—Te lo agradecería… ah, por cierto, me gustaría conocer a la nueva propietaria para escribir algo sobre ella también.

—Esta semana no vendrá por la oficina.

Sam dudaba que Clair quisiera dar una entrevista. Aunque la mayoría de la gente en Wolf River conocía su historia familiar, ella no querría verla impresa en todo el estado.

—¿Está de viaje?

—No, es que… no se encuentra bien. Pero puedo decirle a su secretaria que te llame.

Cuando la experta en publicidad pasó al siguiente tema de su lista, Sam escuchó pacientemente. Bueno, escuchó a medias en realidad porque estaba mirando al otro lado del restaurante, donde Kiera llenaba vasos de agua con hielo.

Naturalmente, llevaba el uniforme del restaurante: una camisa blanca de manga larga y unos pantalones negros. La única variación que se permitía era la corbata o lazo. La de Kiera era plateada, con rayitas blancas y negras. Se había hecho un moño muy alto y ese estilo no sólo destacaba su largo y delgado cuello sino que le daba un aire

exótico muy atractivo.

Incómodo, Sam tuvo que cruzar las piernas.

Le había enseñado el hotel el día anterior. Desde el vestíbulo a las salas de conferencias, el gimnasio y la capilla donde se celebraban las bodas.

Ella le hizo varias preguntas sobre las normas del hotel, pero se había mantenido seria y distante. Algo relativamente normal. Los nuevos empleados solían sentirse incómodos hablando con él. Pero Kiera no había parecido nerviosa sino más bien… como si no quisiera estar a su lado.

Especialmente cuando le preguntó por el hematoma en el ojo.

«Me he caído de un caballo».

¿A quién creía que podía engañar con eso? Podría haberle dicho que se había chocado contra una puerta. ¿Y por qué demonios había creído él que sus problemas no acabarían siendo un problema para el hotel? ¿Porque ella lo decía?

Estaba escondiendo algo, de eso estaba seguro. Pero, por el momento, decidió que lo mejor sería vigilarla.

Que era exactamente lo que estaba haciendo, pensó, sin dejar de mirarla.

Cuando se acercó con los vasos de agua a una mesa llena de ruidosos empresarios, la plata de su corbata atrapó la luz de la lámpara…

¿Por qué demonios le parecía tan sexy?

—¿Sería posible?

—¿Qué? Perdona, Rachel, sí, sí… yo mismo me encargaré de hablar con el departamento de catering para que pongan a tu disposición todo lo que necesitas.

—Gracias, Sam. Y ahora, si pudiéramos hablar sobre la publicidad del evento…

me gustaría saber tu opinión.

—Sí, claro.

Suspirando para sus adentros, Sam apartó la mirada de la mujer que servía vasos de agua helada y volvió a su trabajo.

—Oye, guapa, necesito un té helado y un vaso de agua en la mesa seis. Un café solo y un vaso de agua para la ocho y dos cafés con leche para la diez y la once.

Kiera memorizó el pedido rápidamente, sin molestarse con Tyler, que no la había llamado por su nombre ni una sola vez en todo el día. Además, estaba acostumbrada a ese tipo de tratamiento y sabía cómo manejarse.

Lo que no podía manejar era a Sam Prescott. No había dejado de

mirarla desde su mesa desde que llegó al restaurante. Como si no fuera suficientemente difícil el primer día en un trabajo nuevo, teniendo que aprender los nombres de todos sus compañeros, cómo debía hacer las cosas y soportar los «guapas» y «bonitas» de Tyler… Mientras dejaba el pedido en la primera mesa, miró a Sam de reojo. Estaba con una rubia que llevaba gafas y un traje de chaqueta de color café. Parecían mantener una conversación muy seria, aunque era la mujer la que hablaba porque Sam se limitaba a asentir con la cabeza. Sabía que no confiaba en ella y que le había enseñado el hotel más para sonsacarla que por otra razón. Y sus preguntas no habían sido nada sutiles, además.

«¿Llevas mucho tiempo aquí?» «Pues no, no mucho».

«¿Vives con tu marido?»

«No»

«¿Qué te ha traído a Wolf River?»

A Kiera le habría gustado contestar: «un coche», pero consiguió responder de forma vaga y ciertamente más amable. Sus respuestas no lo habían dejado satisfecho, pero algo le decía que Sam Prescott no era un hombre al que se pudiera satisfacer fácilmente.

Y ella sabía mucho sobre hombres así.

De repente, él giró la cabeza y sus miradas se encontraron. Se le encogió el estómago, pero consiguió mover los labios en una semblanza de sonrisa mientras volvía a su sitio. Acababa de dejar la bandeja cuando Tyler le puso otra en las manos.

—Lleva estas ensaladas a la mesa tres. Una de pollo y una ensalada César. Y

date prisa, monada. La mesa cinco está esperando el pan.

¿Monada? Ella apretó los dientes mientras se volvía, con la bandeja en la mano.

Y se quedó helada.

¿Trey?

Kiera miró al hombre que hablaba con una de las camareras. Estaba de espaldas, pero tenía que ser Trey. El mismo pelo negro, los mismos hombros anchos, la misma piel bronceada. Esa arrogancia, ese aire de autoridad que le resultaba dolorosamente familiar…

Al verlo se puso pálida. ¿Cómo la había encontrado?

—Muévete, bonita.

Sorprendida, Kiera se volvió sin pensar en la bandeja y… chocó contra Tyler.

Horrorizada, vio que los platos le caían encima antes de hacerse pedazos contra el suelo.

—¡Serás idiota! —exclamó él, mientras intentaba quitarse hojas de

lechuga y rodajas de tomate de la camisa.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellos, pero a Kiera sólo le importaba una persona. Y cuando vio los ojos negros clavados en ella se quedó sin respiración.

Gracias a Dios. No era Trey.

Tyler seguía regañándola, pero se sentía tan aliviada que no le hizo ni caso.

Aunque el alivio terminó cuando el chef, Phillipe Girard, asomó la cabeza.

Su primer pensamiento fue que parecía una berenjena. Estaba rojo de ira y tenía un cuchillo en una mano y una cebolla en la otra.

Kiera había oído hablar de él, pero no lo había visto hasta aquel momento.

«No te acerques a él», le habían advertido. «No hagas que se enfade». «No estropees su comida».

En menos de treinta segundos había conseguido hacer todo eso.

Y a juzgar por su expresión, temía que quisiera cortar en trozos algo más que una cebolla.

—Limpia eso inmediatamente —le ordenó, antes de volver a la cocina.

Respirando profundamente, Kiera se inclinó para recoger los platos rotos.

—¿Qué pasa, tienes los dedos de mantequilla? —le espetó Tyler, sin dejar de limpiarse la camisa—. Ahora lo pagará con todos nosotros y a saber que…

—Tyler, ya está bien.

Kiera levantó la cabeza, para encontrarse con la mirada sombría de Sam Prescott. No podía leer su expresión, pero cuando miró a Tyler vio que tenía los labios apretados.

—No ha sido culpa mía. Yo sólo…

—Da igual. Ve a cambiarte la camisa. Christine puede ocuparse de tu trabajo hasta que vuelvas.

—Sí, señor Prescott —murmuró Tyler, fulminando a Kiera con la mirada antes de alejarse.

Un compañero apareció entonces con una fregona y una bolsa de basura.

Cuando Sam la tomó del brazo, Kiera intentó apartarse.

—Tengo que limpiar esto…

—No hace falta. Ven conmigo.

Genial. Justo lo que necesitaba, una charla. Pero como no quería hacer una escena, otra vez, lo siguió por un pasillo hasta el callejón.

Lo único que oía era el motor del aparato de aire acondicionado y

una campana a lo lejos mientras se preparaba para ser despedida.

«Un final perfecto para un día perfecto».

—¿Qué ha pasado?

—Es que tropecé…

—¿Te han dicho alguna vez que mientes fatal?

«Trey», pensó ella. Y Alexis y Alaina. Pero no necesitaba que aquel hombre se lo recordara. Aun así, el sentido común le dijo que debía callarse.

—No tropezaste, Kiera. Te estaba observando. Algo te asustó.

—A lo mejor me asusté porque estaba usted observándome.

—¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa?

—No es raro que alguien se ponga nervioso cuando el jefe está mirando.

—Tienes una manera muy interesante de evitar dar respuestas directas —

replicó él—. ¿Te pongo nerviosa?

«Sí, maldita sea», pensó ella. Pero no tenía intención de admitirlo.

—Debería volver a trabajar… —Te pusiste tan blanca como esa camisa mientras mirabas a Rand —la interrumpió él—. ¿Lo conoces?

—¿Rand? —repitió Kiera. Pero tenía el corazón acelerado. Evidentemente, Sam Prescott la había visto mirando a aquel hombre que tanto se parecía a Trey—. ¿Quién es Rand?

—Ya estás otra vez —suspiró él—. Rand Blackhawk. Volvió a Wolf River hace unos meses para casarse. Tiene un rancho a las afueras.

Kiera lo miró como si no supiera de qué estaba hablando, pero tenía el corazón a mil por hora.

—Una historia fascinante, pero no lo había visto nunca.

—Se parece a alguien a quien sí conoces, ¿no? Alguien que no quieres que te encuentre.

Estaba demasiado cerca, no sólo en el análisis de la situación, sino físicamente.

Tan cerca que Kiera podía ver la sutil pero fiera irritación en sus ojos marrones, sus largas pestañas, las arruguitas de la frente. Olía a hombre y la mujer que había en ella respondió sin querer.

—Nadie está buscándome, señor Prescott —contestó. Por una vez, podía responder con la verdad. O, al menos, esperaba que fuese la verdad—. Si quiere despedirme, hágalo. Si no es así, le agradecería que me dejara volver a mi trabajo.

Él se quedó mirándola durante unos segundos y luego dio un paso atrás.

—Hablaré con él chef. Sé que, a veces, puede ser un hombre difícil.

Kiera sabía que el chef Phillipe la odiaría por lo que había pasado

y más si Sam le hablaba bien de ella.

—Gracias, pero no es necesario.

Sin saber cómo, consiguió alejarse sin tropezar y sin mirar atrás. En la habitación reservada para los empleados, dejó escapar un largo suspiro mientras se lavaba las manos y luego volvió a su sitio. Habían limpiado el desastre y Tyler se había cambiado de camisa, pero su actitud siguió siendo la misma.

—Necesitan agua en la mesa doce… si crees que eres capaz de no tirar nada, doña inepta.

«Ya está bien». «Esto se acabó».

Kiera se acercó a Tyler y clavó un dedo en su huesudo pecho.

—Me llamo Kiera. ¿Lo entiendes? Kiera. La próxima vez que me llames de otra manera, o que me insultes o me mires mal, vas a tener algo más que hojas de lechuga en la camisa. Te lo advierto.

Sonriendo, pasó una mano por la corbata del sorprendido camarero y luego tomó su bandeja.

Y ella quería pasar desapercibida… Pues lo estaba haciendo estupendamente, desde luego. Rand Blackhawk. Intentando disimular, miró de reojo al hombre que estaba sentado con una guapa pelirroja, pero enseguida apartó la mirada para no meter la pata.

Aunque ya era tarde para eso, pensó, con un suspiro, mientras veía a Sam entrar de nuevo en el restaurante.

Demasiado tarde.

Capítulo Tres

Sólo quedaban dos semanas para las fiestas del Cuatro de Julio y la ciudad de Wolf River ya empezaba a celebrarlo. Había banderas en todas las casas y en las tiendas, carteles patrióticos para recibir a los turistas, pósters anunciando el rodeo y el carnaval…

Las fiestas llevarían turistas de todas partes a Wolf River. Era una ciudad pequeña, pero que ofrecía casi de todo.

Y que crecía día a día, pensó Sam, mientras paseaba por la acera. En la calle Mayor, el Ayuntamiento de Wolf River había insistido en conservar el sabor de las casas antiguas, pero el resto se había convertido en una ciudad muy moderna.

Restaurantes de comida rápida, oficinas de varios pisos, un parque, una sala de multi-cines y, lo último, un restaurante típico del Oeste con baile country cada noche.

Sam había oído que los filetes allí eran tan gruesos como la guía telefónica y tan suaves como la mantequilla. Y tendría que pasar por allí algún día para comprobarlo.

—Hoy va a hacer calor —sonrió Fergus Crum.

El anciano estaba barriendo delante de su ferretería, como en los viejos tiempos, pero se detuvo para apoyar su artrítica mano sobre la escoba cuando vio llegar a Sam.

—Pásate por el hotel después del trabajo. Tómate una cerveza en mi nombre.

—Eso haré —Fergus jamás le decía que no a una cerveza fría. O a cualquier tipo de cerveza—. ¿Qué tal unos aros de cebolla también?

—Lo que tu quieras.

Sam saludó con la cabeza a un ganadero local que salía de la peluquería y el hombre se llevó, una mano al ala de su sombrero. Sí, Wolf River era una ciudad moderna que conservaba sus tradiciones.

Aunque él no solía salir mucho del hotel porque allí lo tenía todo. Comida, ropa, incluso un coche a su servicio. Tenía pocas posesiones personales porque las consideraba una carga cuando llegaba el momento de hacer la maleta y marcharse.

Su vida, la profesional y la personal, era muy sencilla.

Exactamente como a él le gustaba. A su contrato de dos años con el Cuatro Vientos le quedaban apenas un par de meses y Clair insistía para que firmase una renovación, pero él se lo estaba pensando. Seguramente había llegado la hora de irse a otra parte. Durante toda su vida nunca había vivido en un mismo sitio más de tres años. Y no tenía intención de cambiar de hábitos.

—Hola, guapo, ¿dónde vas?

Sam sonrió cuando Olivia Cameron detuvo el coche a su lado. La guapísima pelirroja, propietaria de Vintage Rose, una tienda de antigüedades, se había encargado de decorar el vestíbulo del hotel.

—Voy al Juzgado, preciosa.

—¿Por fin vas a pedir un certificado de matrimonio?

—Cuando tú me digas, Liv —sonrió Sam.

Habían salido un par de veces, pero no había química entre ellos. Como amigos, sí, pero nada más.

—Podríamos comprar una casa de esas de madera en Oak Meadows, tener una docena de hijos y hacernos de la Asociación de Padres.

Olivia hizo una mueca de horror.

—Sí, bueno, ya te llamaré algún año de éstos. ¿Quieres dar una vuelta?

Sam se llevó una mano al estómago.

—Pasear me vendrá bien.

—Venga ya, como si te hiciera falta… Todas las mujeres de Wolf River saben que haces ejercicio en el gimnasio del hotel desde las seis hasta las siete y media de la mañana. ¿Por qué crees que hay tantas chicas a esa hora?

Guiñándole un ojo, Olivia arrancó y se alejó calle abajo.

Ojalá hubiese habido química entre ellos, pensó Sam, con una sonrisa en los labios. Olivia no quería saber nada de compromisos ni de hijos y podrían haberlo pasado bien sin preocuparse de nada. Podría haber sido una agradable distracción.

Y, desde luego, necesitaba una. Llevaba tres días observando a Kiera. Viendo cómo memorizaba la carta de vinos y llevaba las bandejas sin que se le cayera una gota de agua. La había visto hacer recomendaciones o sugerencias a los clientes con una sonrisa en los labios… Algunos incluso exigían que los atendiese ella personalmente. Nunca había visto nada igual. Pero la verdad era que no había estado sólo observándola. Había estado pensando en ella.

En los momentos más inoportunos se encontraba a sí mismo preguntándose cuál sería su historia, quién era o de qué estaría huyendo. Y si estaría en peligro.

El hematoma sobre el ojo había desaparecido, pero Sam no podía olvidarlo. La idea de que un hombre hubiera abusado de ella…

Percatándose de que había apretado los puños, se detuvo frente a la peluquería y miró el poste rojo y blanco que daba vueltas y vueltas… Demonios. Un paseo por la ciudad en su día libre debería haberlo relajado. Pero allí estaba, caminando a grandes zancadas como si estuviera buscando pelea.

«Quizá es así», pensó, suspirando. Era evidente que Kiera tenía algún problema, era evidente que se había dado un susto de muerte al ver a Rand Blackhawk. Evidente que estaba mintiendo. Cuando le preguntó si conocía a Rand ella le había dicho que no, pero en sus ojos azules había visto que no estaba diciendo la verdad.

Y evidentemente también, Kiera no quería su ayuda.

Pues muy bien. ¿Por qué tenía que molestarlo eso?

Sam esperó que pasara un camión antes de cruzar la calle para entrar en el Juzgado. Mientras sus problemas no afectasen al hotel…

Además, ya había pensado en Kiera Daniels demasiado. Y él era un hombre muy ocupado. Con las conferencias y los eventos que tenían lugar en el hotel todos los días, por no hablar de la inminente construcción de otra planta, tenía que concentrarse en el trabajo y dejar de pensar en una guapa camarera.

Pero entonces la guapa camarera salió del Juzgado.

Sorprendido, Sam se detuvo al lado de unos arbustos.

«Por el amor de Dios», pensó. No podía librarse de ella ni allí.

Con la cabeza agachada, Kiera bajó los escalones del Juzgado mirando un papel que tenía en las manos. Llevaba unos vaqueros que parecían inventados exclusivamente para ella; bajos de cadera y un poco gastados en las zonas que a un hombre le gustaba mirar. Y tocar. Llevaba también una camiseta blanca que dejaba sus brazos al descubierto. Y cuando se movía, también parte del estómago.

A Sam se le quedó la boca seca y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la mirada de aquella piel bronceada.

Kiera tenía el ceño fruncido y los labios apretados. El pelo caía como un río de seda sobre sus hombros, el sol haciendo brillar algunas mechas cobrizas…

Durante un segundo, Sam no supo dónde estaba.

Y tuvo que parpadear varias veces mientras la veía doblar el papel y guardarlo en un bolso grande que llevaba colgado al hombro.

Luego discutió consigo mismo, perdió la batalla, esperó veinte segundos y la siguió.

El olor a hamburguesas atrajo a Kiera hasta el café de la esquina. El exterior del restaurante, de cromo y cristal, le recordaba al Chevy del 57 que el señor Mackelroy, el director de su instituto, solía conducir. Incluso el color era el mismo: azul sorbete.

Cuando entró, varios pósters de James Dean y Marilyn Monroe daban la bienvenida a Pappa Pete's. Kiera apenas pudo oír la campanilla de la puerta por el ruido de las conversaciones y porque sonaba una canción de los Beach Boys a todo volumen. Gente de allí, pensó: familias, trabajadores y peones.

Una rubia platino con cuatro platos de hamburguesas en una mano y dos de patatas fritas en la otra pasó a su lado.

—Siéntate donde quieras, bonita. ¿Quieres beber algo?

Kiera sonrió.

—Una limonada, por favor.

—Ahora mismo. ¡Eddie, una limonada para la señorita!

—Oye, Madge, ¿qué pasa conmigo? —protestó un cliente—. Sigo esperando mi café.

—Pues te vas a quedar esperando, pesado.

—Eso es lo único que se puede hacer aquí —siguió protestando el vaquero—.

No me haces ni caso.

—Si no te quejaras tanto a lo mejor te atendería antes…

Mientras seguían bromeando, Kiera se sentó frente a una mesa de fórmica, al lado de la puerta. Un adolescente que era todo brazos y piernas dejó un vaso de limonada delante de ella. Cuando le dio las gracias, el chico se puso como un tomate y tropezó con una silla. Uno de los peones se metió con él y el pobre se alejó a toda velocidad hacia la cocina.

Si cerraba los ojos, casi podía imaginar que aquél era su pueblo. Estaba sentada en el café Bronco, bromeando con su gente. Incluso olía igual. Hamburguesas, grasa y madera. Un buen olor, pensó. Familiar, cómodo, agradable.

Desde que terminó la carrera había trabajado en muchos bares y restaurantes por todo el país, pero podía contar con los dedos de una mano las veces que había vuelto a Bronco en los últimos seis años.

Vivir en un pueblo pequeño a veces era difícil. Los cotilleos, la falta de intimidad, las amistades… La ciudad más próxima estaba a tres horas de camino y en Bronco no había grandes almacenes. El único cine del pueblo sólo ponía películas que ya todo el mundo había visto en televisión y las pocas citas que había tenido eran más bien citas con amigos que otra cosa.

Pero la camaradería, saber que siempre había gente que podría echarte una mano si tenías algún problema… sólo por eso había merecido la pena soportar la soledad del rancho Stone Ridge o que todo el mundo supiera quién era.

Pero la cuestión era: ¿lo sabía todo el mundo?

Ella, desde luego, no.

Suspirando, Kiera sacó un papel del bolso y lo colocó sobre la mesa. Era un obituario.

William Blackhawk, ganadero local, hombre de negocios y pilar de la comunidad… murió en un accidente de avión… Le sobrevive su

hijo, Dillon Blackhawk. El funeral tendrá lugar el jueves en la iglesia de Wolf River.

Eso había sido dos años antes.

Dos años.

Kiera cerró los ojos y apretó los labios para contener las lágrimas. Si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora, ¿qué habría hecho?

No estaba segura.

—¿Puedo sentarme contigo?

Sorprendida, Kiera abrió los ojos.

Sam Prescott.

Rezaba para que no le temblasen las manos mientras guardaba el obituario en el bolso a toda prisa. Aunque le gustaría estar sola en aquel momento, no podía decirle a su jefe que la dejase en paz…

Además, Sam ya se había sentado.

Cuando miró alrededor, se percató de que la gente los observaba con curiosidad. Genial. Nadie sabía quién era ella, pero todo el mundo debía saber quién era Sam Prescott. Yantes de que acabase el día, el rumor de que el director general del Cuatro Vientos había sido visto con una desconocida correría por todo Wolf River.

—¿Esperas a alguien?

—No —contestó ella. Con un traje de chaqueta estaba estupendo, pero también lo estaba con vaqueros y camiseta. Y, a juzgar por los bíceps, los rumores de que entrenaba todas las mañanas en el gimnasio debían ser ciertos—. Estaba haciendo unos recados y… he entrado aquí un momento para tomar algo.

—Pues has elegido un buen sitio. La mejor hamburguesería de la ciudad.

Aunque si le cuentas a alguien que yo he dicho eso, lo negaré.

Su sonrisa la desarmó.

—Creo que puedo guardar un secreto.

—Sí, estoy seguro de que puedes.

Kiera arqueó una ceja.

—¿Qué quería, señor Prescott?

Sonriendo, él se echó hacia atrás en la silla.

—Sam, por favor. Y no quería nada especial. ¿Cómo va todo?

—Supongo que te refieres a mi trabajo.

—Por supuesto.

Kiera tomó un sorbo de limonada.

—¿Por qué no me lo dices tú?

—Muy bien. Los clientes están encantados contigo.

—¿Ah, sí? Entonces quizá debería pedir un aumento de sueldo.

—Me temo que esa solicitud sería denegada. Ha habido dos quejas

contra ti.

—¿Qué? ¿Quién se ha quejado?

—Tyler dice que es difícil trabajar contigo.

«Tyler es imbécil», estuvo a punto de decir Kiera. Pero no lo hizo.

—¿Quiere un café, señor Prescott?

—Hola, Eddie. Sí, tráeme una taza de café, por favor.

Eddie estaba mirando a Kiera con cara de tonto.

—Eddie…

—Ahora mismo, señor Prescott. ¿Quiere usted algo más, señorita? —preguntó el atolondrado adolescente.

—No, gracias —sonrió Kiera.

—¿Seguro? Porque aquí tenemos unas hamburguesas estupendas y…

—¡Edward Morrison! ¿Quieres dejar de mirar a la señorita y ponerte a trabajar?

—lo regañó Madge.

—Sí, señora.

—¿Antes de Navidad? —insistió la propietaria al ver que no se movía.

Eddie por fin pudo apartar la mirada de Kiera y se alejó hacia el mostrador.

—¿Tú crees que debo despedir al chico, Sam?

—Por supuesto, Madge.

Kiera lo miró, sorprendida.

—Lo despediré en cuanto te haya traído el café. Bueno, ¿qué quieres tomar? ¿Lo de siempre?

—Los dos tomaremos lo mismo —contestó él—. Ah, la mía con mucho queso.

—Espere…

—Muy bien —sonrió Madge, anotando el pedido en su cuaderno y poniéndose luego el lápiz en la oreja.

Riera intentó llamarla, pero la mujer se alejó sin decir una palabra más.

—Pero… ¿cómo has podido hacer eso? Es un crío, sólo estaba intentando ser amable.

El «crío» apareció de nuevo con una taza en la mano y una cafetera en la otra. Si hubiese estado pendiente de lo que hacía en lugar de mirar a Kiera habría podido echar algo de café en la taza, pero no era el caso. El pobre dio un salto al darse cuenta de que estaba cayendo sobre el mantel.

—Lo siento, señor Prescott. Enseguida lo limpio.

—No pasa nada. Sólo han sido unas gotas —intentó defenderlo

Kiera.

—¿Ves a lo que me refería? —sonrió Sam.

—¡No te atrevas a hacer que despidan a ese chico! —exclamó ella entonces, furiosa—. Llama a la propietaria ahora mismo y dile que estabas de broma o…

—¿O qué?

Kiera no podía amenazar a su jefe, naturalmente.

—Por favor, no hagas que lo despidan. A lo mejor necesita este trabajo.

—Kiera, Eddie es el hijo de Madge —dijo Sam por fin—. Lo despide tres o cuatro veces al día.

—¿El hijo de Madge? —repitió ella.

—Eso es. El más joven de seis chicos.

—¿Tiene seis hijos?

—Sí —sonrió Sam.

—Ah, pero yo creí… Lo siento. Perdona, supongo que me he dejado llevar…

—No te disculpes —la interrumpió él.

Estaba preciosa con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Y no podía dejar de preguntarse cómo sería toda esa energía en la cama.

En su cama.

La imagen de Kiera desnuda, debajo de él, arqueando su cuerpo…

—De verdad, yo no sé qué le pasa a los adolescentes con las hormonas. Es que se vuelven tontos —era Madge, que se había acercado para servirle el café.

Y después se alejó, sacudiendo la cabeza.

«Los adolescentes y los adultos», pensó —Sam.

Kiera era una chica especial. El día que dejó caer la bandeja no intentó defenderse a sí misma y, de repente, en un café donde no conocía a nadie se ponía como una tigresa para defender a aquel chico…

Kiera Daniels lo fascinaba, sí.

—¿Vas a contármelo? —preguntó ella entonces.

—¿Contarte qué?

—Antes has dicho que había dos quejas contra mí.

—Sí, bueno, el chef Phillipe dice que has cuestionado su autoridad.

—¿Ah, sí?

—¿Lo has hecho?

Kiera se encogió de hombros.

—Sencillamente, sugerí que había puesto demasiado tomillo en su pollo Kiev.

Sam no estaba seguro de haber oído bien. En los dos meses que

llevaba en el hotel, nadie se había atrevido a cuestionar al chef Phillipe.

En lo que se refería a la cocina, era un auténtico tirano.

—¿Le has dicho a Phillipe que ponía demasiado tomillo en el pollo?

—Sí, pero en fin… supongo que fue un error.

—Desde luego que fue un error.

Kiera arrugó el ceño.

—Me refiero a que el chef Phillipe cometió un error.

Sam la miró, incrédulo.

—¿Y tú cómo sabes el tomillo que hay que poner en el pollo Kiev?

Ella vaciló un momento, mientras tomaba un sorbo de limonada.

—Puedo olerlo.

—¿Puedes olerlo? —repitió Sam. Le asombraba que Phillipe no la hubiera encerrado en la despensa.

—Tengo muy desarrollados los sentidos del olfato y del gusto.

Desde luego, olía de maravilla, pensó Sam. Lo había notado la primera vez que entró en el ascensor. Y en cuanto al gusto… seguro que si la besaba ahora sabría a limonada. Y a gloria.

Un poco nervioso, tomó un sorbo de café, aunque lo que realmente necesitaba era un vaso de agua helada… directamente sobre los pantalones.

—Lo siento —se disculpó Kiera, dejando el vaso sobre la mesa—. No debería haberle dicho nada al chef Phillipe. No es asunto mío. Y te aseguro que no volverá a pasar.

Su tono contrito lo molestó mucho más que nada. Sabía que no era una mujer tímida, que había en ella una gran pasión. Pero intentaba disimular…

¿Por qué? ¿De qué estaba huyendo? ¿Por qué atentaba controlar su naturaleza apasionada? ¿Por qué se mostraba tan distante con él?

Quizá no aquel día, pero Sam pensaba descubrirlo como fuera.

Capítulo Cuatro

—La señora Carver está hablando por teléfono. ¿Por qué no se sienta un momento, señorita Daniels? —sonrió la recepcionista.

Kiera sonrió también mientras se sentaba en el sofá de cuero marrón. Pero, temiendo que le temblasen las rodillas, juntó las piernas y las apretó con fuerza.

Estaba a punto de conocer a Clair Carver.

Clair Blackhawk.

Tenía un nudo del tamaño de un puño en el estómago.

Estaba trabajando en el restaurante diez minutos antes cuando Christine, la encargada, le dijo que debía subir al despacho de Clair. Lo primero que pensó fue que había habido más quejas contra ella. Tyler parecía haberse relajado un poquito, pero el chef Phillipe seguía mirándola con cara de odio desde que había comentado el asunto del tomillo.

Desde entonces, Kiera había hecho todo lo posible por guardarse sus opiniones, pero cuando no estaba dando órdenes estaba murmurando por lo bajo maldiciones contra las camareras bocazas.

Evidentemente, estaba enfadado con ella.

Pero Kiera dudaba de que Clair Blackhawk se encargase de solucionar ese tipo de problema personalmente. En general, los propietarios de los hoteles no se involucraban en ese tipo de asunto.

Y eso la hacía pensar que la razón de Clair para verla era mucho más peligrosa.

«Sabe quién soy».

El estómago se le encogió un poco más.

Pero, ¿cómo podía saberlo?

¿Por Sam?

Si Sam Prescott había sentido curiosidad por la nueva camarera y había investigado un poco… quizá habría descubierto quién era. Quizá incluso por qué estaba allí. Pero lo dudaba.

Durante los últimos cuatro días, desde que se encontraron en Pappa Pete's, apenas la había mirado. Y Kiera no sabía si eso la aliviaba o hacía que se sintiera decepcionada.

Las dos cosas, decidió.

Desde luego, se sentía atraída por él. Hasta el punto de tener mariposas en el estómago cuando Sam estaba cerca.

Y después del trabajo no podía dejar de pensar en él.

Cuando menos lo esperaba, el rostro de Sam Prescott aparecía en su mente. Y

por las noches… había tenido más de un sueño erótico en el que

Sam era el protagonista.

Y durante el día también, para qué negárselo. A veces en sus fantasías había una cama, otras un ascensor. Incluso la mesa de su despacho. Ésa era su favorita.

Sexo frenético, espontáneo, ardiente. Sam era tan fogoso como ella y la buscaba con los labios, con las manos…

—¿Señorita Daniels?

Kiera se levantó de un salto.

—¿Sí?

—¿Se encuentra bien? Está muy colorada.

Kiera se llevó una mano a la cara.

—¿Ah, sí?

La recepcionista asintió con la cabeza.

—Por lo visto, hay un virus por ahí…

—No, no, estoy bien. De verdad.

—Señorita Daniels, siento haberla hecho esperar.

Kiera se quedó helada al oír esa voz. Una cosa era imaginar conocer a Clair Blackhawk, otra muy distinta hacerlo de verdad.

Con el corazón en un puño, se dio la vuelta.

El pelo oscuro por encima de los hombros, una chaqueta de color verde lima, labios carnosos, pómulos altos. Su piel era bronceada, pero no muy oscura, como lo sería la de una persona que tuviese mezcla de sangre india. Y sus ojos… eran azules.

Como los suyos.

—Gracias por venir. Soy Clair Carver.

—Kiera vio que la mujer se acercaba con la mano extendida y sintió pánico.

«Trey tenia razón. No debería haber venido. Nada bueno puede salir de esto».

—Encantada de conocerla, señora Carver —dijo sin embargo, estrechando su mano.

—Señora Carver… llevo seis semanas casada, pero aún no me he acostumbrado a ese apellido. Pero, por favor, llámame Clair.

Kiera consiguió sonreír, nerviosa.

—De acuerdo.

—Mary… —Clair miró su reloj de oro—. ¿Por qué no te vas a comer?

—El señor Carver me dijo que no…

—Da igual lo que te dijera Jacob —la interrumpió ella—. Estoy bien, así que deja de preocuparte por mí.

Sacudiendo la cabeza con expresión de derrota, la secretaria se quitó las gafas y tomó su bolso.

—Volveré en treinta minutos.

—Volverás en una hora, ni un minuto antes o le diré a Albert, de Administración, que estás loca por él.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Mary, agitada—. No lo haría, ¿verdad?

—Una hora —insistió Clair, volviéndose para tomar a Kiera del brazo—.

Acompáñame, por favor.

El espacioso despacho, con una mezcla de decoración moderna y del medio Oeste, era muy agradable. Había acuarelas con temas indios en las paredes y estatuillas de bronce en las estanterías. Una fuente de granito y varias plantas flanqueaban una pared enteramente de cristal desde la que podía verse la piscina del hotel.

—Por favor, siéntate. ¿Quieres beber algo? Tengo agua y café. Y té, si te apetece.

—No, gracias.

—Siento haberte sacado del restaurante, sé que a la hora del almuerzo hay muchísima gente.

«Si va a darme una charla antes de despedirme, desde luego está siendo muy amable», pensó Kiera.

—Aún falta media hora para que empiecen a llegar los clientes.

—En circunstancias normales habría bajado yo a presentarme, pero he estado enferma estos últimos días.

Parecía un poco cansada, sí.

—Espero que no sea nada serio.

—No, qué va. Y ya estoy mucho mejor —dijo Clair, apoyándose en el respaldo del sillón—. ¿Nos hemos visto antes?

Kiera se puso tensa.

—¿Has estado alguna vez en Rainville?

—¿Rainville? No, no lo creo. Pero tu cara me resulta familiar… aunque no sé por qué.

—Seguramente me parezco a alguien.

—Es posible —murmuró Clair Blackhawk, aunque seguía mirándola con curiosidad—. En fin, no quiero hacerte perder el tiempo. Esta mañana alguien me ha hablado de ti.

«Oh, no, lo sabe», pensó Kiera. Pero tenía un nudo en la garganta y no era capaz de pronunciar palabra.

—Por lo visto, tienes impresionada a una de mis cuñadas.

—¿A una de tus cuñadas?

—Grace está casada con Rand y viene por aquí a menudo. La has atendido un par de veces y me ha dicho que eres una camarera fantástica. Así que decidí conocerte personalmente.

¿Por eso la había llamado? ¿Porque su cuñada le había dicho que era una buena camarera? Kiera estuvo a punto de soltar una carcajada histérica.

—Pues… te lo agradezco mucho. Pero en fin… sólo estoy haciendo mi trabajo.

—Según Grace, haces mucho más que eso… —Clair se llevó una mano a la frente.

—¿Te encuentras bien?

—Pensaba que sí, pero a lo mejor no estoy bien del todo.

—Voy a llamar a alguien…

—¡No! No, por favor.

—Pero debería…

—Estoy bien, espera un momento —Clair apoyó la cabeza en el respaldo del sillón—. No es nada, sólo unas náuseas. No pasa nada, de verdad.

—Yo no estoy tan segura —insistió Kiera, levantándose para buscar un vaso de agua—. De hecho, estás del color de tu chaqueta… que me encanta, por cierto. ¿Es de Vera Wang?

Clair soltó una risita.

—Sí. La verdad es que estuve de compras durante la luna de miel.

—Toma un poco de agua —sonrió Kiera—. ¿De cuántos meses estás?

—¿Cómo?

Demonios. ¿Por qué siempre tenía que hablar antes de que la preguntasen? Una cosa más sobre la que Trey tenía razón.

—Nada, nada, toma un poco de agua.

—¿Creías que estaba embarazada?

—Sí, bueno…

—No estoy embarazada —rió Clair—. Es que he tenido un virus la semana pasada. Mi sobrino me lo contagió, supongo.

Kiera se obligó a sí misma a sonreír.

—Sí, claro, es normal. Dicen que hay un virus por ahí…

«El virus de meter la pata, por lo visto».

—¿Por qué habías pensado que estaba embarazada?

—No, yo no… es que como has dicho que tenías náuseas. Pero olvídalo, lo he dicho por decir.

Clair la miró, pensativa.

—No, por favor. Dime por qué lo has dicho.

—Pues verás… en el último restaurante en el que trabajé tres de las camareras estaban embarazadas. Todas tenían náuseas y todas aparecían por la mañana… con esa misma tonalidad verde en la cara.

—¿Y yo… estoy así?

Kiera se mordió los labios.

—Me temo que sí.

—¡Ay, Dios mío! La verdad es que es posible. Una vez no… —Clair no terminó la frase—. Por favor, no le digas nada a nadie. Tengo que estar segura. Y si es verdad, quiero que Jacob sea el primero en saberlo.

—Sí, claro. Es lo lógico.

—Oh, no… otra vez —exclamó su jefa entonces, llevándose una mano a la boca mientras saldaba del sillón—. Vuelvo enseguida. No te vayas…

Kiera hizo una mueca. Lo único que había querido era pasar desapercibida, pero no dejaba de llamar la atención.

Suspirando, esperó que Clair volviese del baño mientras miraba unas fotografías enmarcadas que había sobre la mesa.

Fotografías familiares.

Casi temiendo mirar, pero sabiendo que debía hacerlo, tomó uno de los marcos.

Su pulso se aceleró al ver a Clair sentada sobre una cerca. Había dos hombres a su lado. Uno de ellos era Rand Blackhawk. Los tres estaban sonriendo, felices. Los tres eran morenos, con los pómulos altos, el mismo pelo oscuro.

Tan familiar. Tan increíblemente familiar.

Además del obituario de William Blackhawk, no había averiguado mucho más sobre la familia. Y si empezaba a hacer preguntas en la ciudad, la gente sospecharía…

—Hola.

Kiera se volvió bruscamente al oír la voz de Sam. La foto se le resbaló de las manos y, sin poder hacer nada, vio cómo el cristal salía despedido sobre el suelo de moqueta.

Horrorizada, se puso de rodillas para arreglar el desaguisado.

—Lo siento —Sam se inclinó a su lado—. Parece que no me habías oído entrar.

—No, es que…

—Pensé que Clair estaría aquí.

—Sí, está… volverá enseguida —murmuró ella. Mientras intentaba volver a colocar la foto en el marco vio los nombres que estaban escritos en el dorso: Rand, Lizzie y Seth en el Doble B.

—¿Lizzie?

No había querido decirlo en voz alta, pero…

—Clair se llama Elizabeth Blackhawk —le explicó Sam—. Sus padres murieron cuando era pequeña y fue adoptada por una familia de Carolina del Sur.

«Sus padres murieron cuando era pequeña».

—¿Clair es adoptada?

—Sí, en fin… es un poco complicado. Bueno, ya está. No hay nada roto.

¿No hay nada roto? Ojalá eso fuera verdad. Pero Kiera no podía dejar de temblar. Clair era adoptada, sus padres habían muerto cuando era pequeña… Ahora tenía una pieza más del puzzle, pero la fotografía seguía sin tener sentido para ella.

—No pasa nada, de verdad —insistió Sam.

Pero sí pasaba. Claro que pasaba. No tenía nada que ver con el marco, aunque eso no podía contárselo.

Pero entonces, ¿por qué quería hacerlo?

Quizá porque estaba harta de aquella charada. De las mentiras, de estar siempre sola.

Aquello era una locura, pensó, cuando Sam apretó su brazo. Estaba tan cerca…

La miraba a os ojos y parecía entenderla. Pero no podía entender, él no podía entender por lo que estaba pasando. Sin embargo, allí, de rodillas sobre el suelo del despacho de Clair Blackhawk, tenía la sensación de que sólo existían ellos dos. Ella y aquel hombre con el que llevaba días fantaseando.

Claro que en ninguna de sus fantasías estaban en el despacho de Clair. Además, aquello era absolutamente inapropiado…

Y entonces, para hacerlo aún más inapropiado, él inclinó la cabeza y buscó sus labios en un beso tan apasionado como completamente fuera de lugar.

Aun sabiendo eso, Kiera se agarró a sus hombros, abrumada, confusa. Y

excitada. Sus fantasías no eran nada comparadas con aquello. Ni de cerca.

Sam se apartó luego, mirándola a los ojos.

—Kiera…

Mareada, ella dejó que la ayudara a levantarse. ¿Qué había pasado?

—Lo siento —consiguió decir, con el corazón acelerado—. Yo…

—Lamento haber tardado tanto —oyeron entonces la voz de Clair —. Ah, Sam, llegas temprano.

—No sabía que estuvieras ocupada —dijo él, colocando la fotografía sobre el escritorio—. Volveré dentro de un rato.

—No hace falta —dijo Kiera a toda prisa—. Yo ya me iba.

—No, espera… si no te importa, Sam, necesito cinco minutos más.

—No, claro que no.

Kiera miraba de uno a otro sin saber qué hacer, ¿Habría visto Clair lo que acababa de pasar? ¿Habría conseguido que, al fin, la despidieran?

—Gracias. No tardaré nada.

Sam salió del despacho y Kiera levantó la barbilla, esperando una reprimenda.

—Has dicho antes que naciste en un pueblo pequeño,¿no?

—Sí.

Clair se acercó a la ventana y miró la piscina durante unos segundos, en silencio.

—Trabajar en el Cuatro Vientos es como vivir en un pueblo pequeño. Todos nos conocemos bien. Quizá demasiado bien.

«Ahora va a despedirme». Kiera contuvo el aliento.

—No es fácil que todo el mundo sepa quién eres y lo que pasa en tu vida —

siguió Clair—. A veces incluso antes de que lo sepas tú.

Kiera lo entendía bien y estaba absolutamente de acuerdo. No era fácil. Pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Sé que esto es una imposición —dijo Clair Blackhawk entonces —. Pero tengo que pedirte un favor.

Capítulo Cinco

Sam estaba en su coche, mirando el cartel de neón rosa del motel Shangri-La.

Como el soniquete de una canción, las dos últimas letras del cartel parpadeaban una y otra vez: La, la, la… poniéndole de los nervios.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?, se preguntó, golpeando el volante con los dedos.

Eran las siete y cuarto de la tarde y la había visto salir del hotel dos horas antes, subir a un coche blanco y desaparecer calle abajo. Aunque hubiese tráfico, que en Wolf River era algo desconocido, ya debería estar en el Shangri-La.

«Te estás volviendo blando, Prescott», se dijo a sí mismo.

Cuando estaba en el ejército hacía labores de reconocimiento en la jungla suramericana, donde los mosquitos eran tan grandes que podrían llevar una silla de montar y había tanta humedad que uno casi podía bebérsela. Entonces esperaba pacientemente tirado sobre pantanos plagados de insectos, incluso teniendo que evitar las balas.

Si pudiera, volvería a aquella espantosa jungla en lugar de estar allí, en el aparcamiento del motel Shangri-La.

Sam se pasó una mano por la frente. Afortunadamente, se había cambiado el traje de chaqueta por unos vaqueros y una camisa. Incluso después de ocho años en el negocio hotelero, nunca se había acostumbrado del todo a tener que llevar traje y corbata. Pero, como en el ejército, sabía que era el uniforme requerido.

Volvió a mirar el reloj por enésima vez y comprobó, desalentado, que sólo habían pasado unos minutos.

La… la… la…

Entonces vio que un coche blanco entraba en el aparcamiento.

«Ya era hora». Iba a salir disparado cuando vio que el conductor era un hombre alto y con gafas. No, no era el coche blanco que esperaba.

Suspirando, volvió a su sitio de nuevo y, de nuevo, a golpear el volante con los dedos.

Tenía que olvidar lo que había pasado aquel día…

Sí, seguro. Nada más que un ataque de amnesia le haría olvidar el beso de Kiera.

Lo enfurecía haber perdido así el control. Durante los últimos días había tenido cuidado de no acercarse a ella y, de repente…

¿Qué demonios podía hacer cuando Kiera lo miraba con esos ojos azules tan preciosos? ¿Cuando la veía abrir los labios como una invitación? ¿Alejarse?

Pues sí, alejarse. Eso era lo que debería haber hecho.

Sam se pasó una mano por el pelo. A pesar de todo, él era humano.

«Y estúpido», le dijo una vocecita. No sólo por haberla besado, sino porque, de todos los sitios en los que podía haberla besado, lo había hecho en el despacho de la propietaria del hotel.

Clair no había dicho nada, pero durante su reunión con el arquitecto, mientras estudiaban los planos de la nueva planta, Sam la había visto con la mirada perdida.

Como si estuviera a muchos kilómetros de allí.

Sabía que su metedura de pata podía poner en peligro su trabajo y la reputación del hotel. Las demandas por acoso sexual no eran buenas para el negocio. Pero nunca le había pasado antes…

Hasta que había aparecido Kiera.

Ojalá supiera qué tenía aquella mujer que lo atraía tanto. Era guapa, muy guapa en realidad. Y sexy. Pero no se sentía atraído sólo por eso. Era algo más. No sabía qué.

Quizá el misterio que la rodeaba, pensó. Quizá que cuando la conoció tenía un hematoma en la cara y no había querido explicarle por qué. Quizá eso despertó en él al caballero andante que todos los hombres creían llevar dentro.

O quizá sencillamente llevaba demasiado tiempo sin salir con una mujer. De todas las razones, prefería ésa. Era la más sencilla.

De repente, se irguió al verla salir de un coche con varias bolsas en la mano.

Había pasado a su lado y ni siquiera la había visto. El, el experto en tareas de reconocimiento.

Cuando llegó a su lado, Kiera intentaba abrir la puerta de su habitación con una mano mientras sostenía las bolsas en la otra.

—Yo lo haré.

Ella dio un paso atrás, asustada.

—¡Sam!

—Hola.

—Perdona, pero éste no es buen momento…

—¿Por qué?

—Porque iba a…

—Voy a entrar, quieras o no.

Ella vaciló durante un segundo, pero después le dio la llave y esperó.

La habitación era espaciosa, con una pequeña cocina, una mesa, un sofá y un sillón a luego. Sobre el sofá había un cuadro de palmeras que intentaba animar, sin éxito, la habitación. Una puerta llevaba, supuestamente, al dormitorio.

Pero Sam apartó la mirada. Lo último que deseaba era pensar en un dormitorio en aquel momento.

—¿Esperas a alguien?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué siempre contestas a las preguntas con otra pregunta? —suspiró él.

—No lo sé.

—Pero ibas a cocinar, ¿no?

—Que vaya a cocinar no significa que espere a alguien —contestó Kiera.

Sam miró en una de las bolsas. —Hay dos botellas de vino. Ella arqueó una ceja, irritada.

—¿Eres de la policía?

—No —contestó Sam.

—Una es para beber y la otra es para cocinar —suspiró Kiera entonces—. ¿Vas a decirme qué haces aquí?

Sam dejó escapar un suspiro mientras se sentaba en el brazo del sillón.

—Sí, claro… quería saber si ibas a presentar una demanda.

—Por supuesto —contestó ella, sacando una sartén de la bolsa—. Esta sartén es demasiado pequeña.

—Estoy hablando en serio.

—Si te refieres a… nuestro pequeño encuentro de esta mañana, no, no voy a presentar demanda alguna —dijo Kiera por fin—. Sam, los dos somos adultos. Lo que ha pasado, ha pasado. Y ya está. No tiene ninguna importancia.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? ¿No tiene ninguna importancia?

—Porque no la tiene. ¿Qué querías que dijera? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

¿Qué quería que dijera?, se preguntó Sam. ja respuesta debería haberle quitado un peso de encima. Si fuera una persona sensata, le daría un apretón de manos y saldría de allí como alma que lleva el diablo.

Pero, aparentemente, no era tan sensato como creía.

—Te besé. Y no debería haberlo hecho.

—¿Porque eres mi jefe?

—Exactamente.

—¿Y si no fueras mi jefe? El pulso de Sam se aceleró. No sabía si estaría jugando con él o si la pregunta era en serio.

—Si no fuera tu jefe, habría hecho algo más que besarte.

A pesar de su decisión de mostrarse serena, a Kiera le temblaron las manos. No debería haberle preguntado eso. No debería coquetear

con él. Pero, como siempre, las palabras habían escapado de su boca antes de que pudiera controlarlas.

¿Cuándo iba a aprender?

—¿Estás pensando en dejar el hotel? —preguntó Sam entonces—. ¿O estás sugiriendo otra cosa?

¿Otra cosa? Kiera levantó la mirada. Sí, seguramente esa pregunta había sonado como una proposición. Pero no era eso lo que ella quería.

—No estoy sugiriendo nada en absoluto. Lo he dicho por decir.

—¿Y si yo estuviera sugiriendo algo?

—¿Qué, por ejemplo?

—Esto, por ejemplo —contestó Sam, tomándola por la cintura.

Buscó su boca con un beso tan apasionado como el que habían compartido en la oficina por la mañana y Kiera, de nuevo, no supo reaccionar. O quizá no quiso reaccionar. Le gustaba el calor de su cuerpo, el sabor de sus labios, la sensación de no poder apartarse de aquel hombre tan fuerte, tan grande.

«Es maravilloso», pensó, echándole los brazos al cuello. Como si volviera a casa. Como si hubiera encontrado su casa.

Animado por el gesto, Sam deslizó las manos hasta su trasero, metiendo una pierna entre las suyas. Al empujarla, Kiera se apoyó en la mesa y… la bolsa que había encima resbaló. Un montón de naranjas empezaron a rodar por el suelo, pero le daba igual. Echando las manos hacia atrás se apoyó en la mesa y notó algo bajo las manos. Algo de plástico…

Y entonces recordó lo que había comprado.

Una prueba de embarazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam al notar que se ponía tensa.

—Nada —contestó ella, cerrando la mano sobre la cajita.

—¿Cómo que…?

Sam se apartó un poco para mirarla y comprobó que apretaba algo en una mano. Y enseguida vio lo que era.

—¿Estás embarazada? Si la situación no hubiera sido tan intensa, podría haber soltado una carcajada. No quería que pensara que era ella quien estaba embarazada, pero tampoco podía revelarle el secreto de Clair. Al fin y al cabo, le había dado su palabra.

—Mira, yo…

—No puedo ayudarte si no me cuentas nada —espetó Sam entonces.

—Yo no te he pedido ayuda.

Él la miró durante unos segundos sin decir nada, con los ojos marrones oscurecidos.

—Muy bien.

Después, se dio la vuelta y abrió la puerta de un tirón.

—Sólo dime una cosa. Y espero que sea la verdad. ¿Estás casada?

A eso sí podía contestar con la verdad.

—No.

Sam salió de la habitación dando un portazo y Kiera se apoyó en la encimera, dejando escapar un suspiro.

Hombres.

Enfadada consigo misma, empezó a recocer las naranjas que habían rodado por el suelo:. ¿Por qué se había enfadado con ella? ¿Y por qué los hombres que más le importaban siempre eran tan inflexibles?

—Me niego a dejarme amedrentar —dijo en voz alta,

¿Por qué demonios tenía que gustarle un hombre que era tan temperamental, tan intolerante y tan mandón como Trey?

Al oír un golpecito en la puerta se volvió. De modo que había vuelto para seguir interrogándola. Pues iba a llevarse una sorpresa, pensó, mientras abría con cara de malas pulgas.

Pero la sorpresa fue para ella porque no era Sam.

Era Clair Blackhawk.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó la propietaria del Hotel. No sé si he venido en mal momento.

—No, no, claro que no —contestó Kiera—. Perdona, es que pensé que era… Da igual. Entra, por favor.

Kiera cerró la puerta y le ofreció la prueba de embarazo.

—Ah, gracias.

—Espero que sea una buena. Había varias y no sabía cuál elegir.

—Yo tampoco habría sabido —suspiró su jefa, mirando el paquetito con los ojos llenos de lágrimas—. Pero espero que tengas razón.

—Yo también —dijo Kiera. poniéndose un poco tensa cuando Clair le dio un abrazo.

Sólo era un abrazo, pero para ella fue mucho más.

Era un gesto que consiguió romper toda sus defensas. Porque quizá había creído ser más fuerte de lo que era. Y porque necesitaba hablar con alguien.

Si había alguien en quien pudiera confiar, ésa era Clair. Si había alguien que pudiera contestar a sus preguntas, ésa era Clair.

Pero no podía hacerlo. No sólo porque no era el momento, sino porque ahora que había conseguido hacer esa conexión, sería terrible perderla. Sería horrible ver que la confianza que había en los ojos de Clair se convertía en duda. Quizá en odio, incluso.

«Cuando llegue el momento», se dijo a sí misma.

—Perdona —Clair dio un paso atrás—. Es que estoy tan sentimental últimamente…

—No, no, por favor. Ése es uno de los síntomas, por lo que tengo entendido.

¿Quieres beber algo?

—¿Tienes té helado?

—Sí, acabo de comprarlo —sonrió Kiera.

—Creo que necesito unos minutos antes de volver a conducir.

—Sí, es normal.

Clair miró alrededor.

—¿Ibas a hacer la cena?

—Sí, me disponía a hacerlo ahora mismo. ¿A ti también te gusta cocinar?

—No, nunca aprendí. Y ahora estoy demasiado ocupada. ¿Qué vas a hacer?

—Pollo *marsala*. Si quieres quedarte a cenar…

—No, gracias. Sólo quiero un poco de té. Otro día —sonrió su jefa.

—Muy bien, cuando quieras.

—Pero me gustaría observarte un rato. Me resulta fascinante ver cocinar a los demás, no sé por qué. Eso de que mezclen un montón de cosas y lo conviertan en un plato delicioso… A menos que te moleste, claro.

—No, en absoluto —sonrió Kiera.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? ¿Te enseñó tu madre?

Ella negó con la cabeza.

—Cookie Roggenfelder.

Clair levantó una ceja.

—¿Quién?

—Crecí en un rancho al este de Texas —contestó Kiera, abriendo un paquete que contenía un pollo deshuesado por el carnicero—. Cuanto tenía ocho años me pasaba el día detrás del cocinero.

—Que se llamaba Cookie —rió Clair.

—Así es. Le suplicaba todos los días que me dejase ayudarlo, pero él se negaba en redondo. Por fin, agotado, el día que cumplí nueve años me dio un delantal y me dijo que si de verdad quería aprender a cocinar tenía que empezar por abajo. Y por abajo significaba pelar patatas y cortar cebollas. Tardé seis meses más en conseguir que me dejara usar una sartén.

—¿Y qué tal?

—Hice patatas fritas y se me quemaron –rió Kiera—. Tardé tres semanas en aprender, pero ahora puedo decir que hago las patatas

fritas como nadie.

—Fíjate, ahora que hablas de eso… me apetecen unas patatas fritas.

—Te las haré algún día, no te preocupes —sonrió Kiera, mientras salaba el pollo

—. Y a partir de entonces no querrás comerlas en ningún otro sitio.

—¿Eso significa que vas a quedarte en Wolf River? —preguntó Clair.

Ella se volvió, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Como te he dicho esta mañana, los pueblos pequeños son como son… He oído algo por ahí.

—Ah. ¿Qué has oído?

—Lo que te puedes imaginar. Que vivías en un motel, que nadie sabe de dónde vienes. Nadie sabe si estás casada…

—No lo estoy —dijo Kiera. Pero había contestado con demasiada velocidad.

Especialmente para alguien que estaba haciendo un esfuerzo por mostrarse serena.

—No quiero meterme en tu vida —dijo Clair entonces—. Pero siento interés por ti. Me gustaría saber si la mejor camarera del Adagio's piensa quedarse en Wolf River. Además, me caes muy bien. Puede que esto te suene raro, y seguramente tendrá que ver con mis enloquecidas hormonas, pero tengo la sensación de que hay una extraña conexión entre nosotras. Acabamos de conocernos, pero no me gustaría perderte como camarera… ni como amiga.

—Yo… —Riera intentó hablar, pero no le salían las palabras. Clair podía entender lo que eso significaba para ella—. Te lo agradezco mucho, de verdad.

—No tienes que agradecerme nada, lo digo de corazón. Lo que tienes que hacer es darte prisa con ese pollo. Hace un minuto no tenía hambre, pero ahora… De verdad, no sé qué me pasa.

—Me temo que yo sí —sonrió Kiera.

Clair soltó una carcajada—

—Prometo no seguir cotilleando, pero me gustaría saber algo más sobre Cookie y el rancho en el que creciste. Suena divertido.

Lo había sido. Había sido maravilloso. Hasta dos semanas atrás, cuando descubrió que todo había sido una mentira. Pero, por el momento, fingiría que no sabía la verdad. Conocer a Clair la había ayudado un poco a superar el dolor, pero tenía que descubrir tantas cosas todavía… había tantas preguntas sin respuesta.

Además, después de su momentánea falta de juicio con Sam

Prescott, necesitaba una distracción. Cocinar y charlar con Clair Blackhawk sería una buena forma de apartarlo de su mente.

—Tengo un montón de anécdotas sobre Cookie. Pero una de las mejores fue lo que pasó el día que uno de los nuevos peones comentó que su madre hacía las mejores costillas de todo el estado…

Capítulo Seis

De repente, tenía la impresión de que cada vez que volvía la cabeza veía a una mujer embarazada. En el vestíbulo, en el ascensor, en la piscina…

Una hora antes, Sam había visto a dos juntas. Y luego estaba Christine, la encargada del Adagio's, tres de las camareras del hotel y dos de las recepcionistas.

¿Aquello qué era, una especie de broma cósmica?

Pasándose una mano por la cara, Sam se apoyó en el respaldo del sillón y miró el informe que había en la pantalla de su ordenador. Llevaba una hora mirando la misma página sin poder concentrarse en absoluto.

Lo frustraba y lo irritaba al mismo tiempo no ser capaz de dejar de pensar en Kiera. O en la pregunta… ¿estaría embarazada?

Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano aquel día para no ir a buscarla al restaurante. Si creía estar embarazada, eso podía explicar su secretismo.

Especialmente, si intentaba escapar del padre del niño.

Había dicho que no estaba casada, de que el padre debía ser su novio. Entonces recordó el hematoma en su cara el día que eso al hotel y tuvo que apretar los puños…

cinco minutos, pensó. Cinco minutos le duraría aquel canalla. Y eso que si se tomaba su tiempo podría partirle la cara en un segundo sin que se le moviera un pelo.

Sam sacudió la cabeza. Allí había algo que cuadraba…

» sabía qué era, pero tenía la impresión que lo que estaba viendo, lo que Kiera le iba ver, no era del todo verdad. O era eso lo que quería pensar? Furioso, se levantó para acercarse a la ventana. estaba atardeciendo, el momento en el que había más gente en la piscina, nadando o tomando una copa en la barra. Y debía haber unos treinta entre: niños haciéndose ahogadillas, hombres pantalones cortos con las piernas blancas como la leche, mujeres guapísimas en biquini. Y qué estaba mirando?

A una mujer embarazada.

¡Maldita fuera!

Furioso consigo mismo, se volvió y empezó a pasear por el despacho. Kiera se sentía tan atraída como él, eso estaba claro. Pero, ¿qué le estaba escondiendo?, se preguntó. Y sobre todo, ¿por qué? por qué no le contaba nada? ¿Y por qué, si tenía algún problema, no dejaba que la ayudase? Aquella chica lo estaba volviendo loco.

«Yo no quiero complicaciones en mi vida», pensó entonces. «Me

gusta tal y como es».

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en ella? ¿Por qué no podía dejar de preocuparse?

Si la prueba era positiva…

Pero no podía creer que estuviera embarazada. Él no sabía mucho sobre esas cosas, pero Kiera no había mostrado ningún síntoma desde que empezó a trabajar en el restaurante. Se movía más que nadie… ¿No se suponía que las mujeres embarazadas vomitaban a menudo y siempre tenían sueño?

En realidad, Clair parecía estar más embarazada que ella. El día anterior se había quedado dormida en medio de una presentación con la directora de publicidad de la Asociación de Ganaderos…

Sam dejó de pasear de repente.

¿Clair?

¿De dónde había salido eso?

Clair actuaba de forma un poco extraña últimamente, pensó. Había creído que era por el virus, pero…

Y luego su reunión con Kiera en el despacha ¿Para qué había querido ver a una camarera?

Bueno, ya estaba harto. Quería respuestas.

Y las quería ya.

—¡Imbécil! —un estruendo de cacerolas siguió al insulto del chef Phillipe—.

Esto es repulsivo. ¡ *Mon Dieu*! ¡Yo no le daría esto ni a los gatos!

Con una bandeja de salmón ahumado en la mano, Kiera escuchaba al chef regañar a Robert, su ayudante de cocina. Phillipe estaba tan enojado como siempre y el pobre Robert era su víctima aquel día.

—¡Esto es lo que pienso de tu comida! –gritó Phillipe, tirando la salsa de una cacerola al suelo. Y luego, la cacerola, con el consiguiente estrépito—. ¡Eres una desgracia para los chefs del mundo entero!

Acalorado hasta la raíz del pelo, Robert intentó justificarse:

—Pero yo he hecho lo que usted… —¡Silencio! —lo interrumpió Phillipe—.

Tienes un cerebro del tamaño de un guisante! Quién te ha enseñado a cocinar, un fontanero? Kiera hizo una mueca. Aunque agradecía que la furia de Phillipe no fuese dirigida a ella por una vez, no podía evitar sentir pena por Robert. El pobre acababa de salir de la cuela de cocina y, aunque tenía talento, no estaba muy seguro de sí mismo. Y, en fin, la poca confianza que tuviera estaba siendo pisoneada por el iracundo francés.

«No te metas en esto», le dijo una vocecita.

*Date la vuelta y sal con tu salmón de la cocina».

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo? —estaba diciendo el chef Phillipe—. ¡Eres un incompetente!

Kiera apretó los labios. Aquel hombre era insoportable.

«¿Es que no tienes suficientes problemas, bonita?» «Te queda media hora para que acabe el turno, así que vete de aquí y olvídate».

—¡Nunca serás un buen chef! ¡Ni siquiera puedes servir la comida que yo hago!

—seguía gritando Phillipe.

Incapaz de contenerse, Kiera miró por encima del hombro y vio que los ojos de Roben se llenaban de lágrimas.

En fin…

Sin pensarlo dos veces, soltó la bandeja de salmón que tenía en las manos. La soltó y la dejó caer al suelo con un estruendo de mil demonios.

Phillipe se dio la vuelta, con los ojos fuera de las órbitas.

—Lo siento, se me ha resbalado —se disculpó ella.

El chef Phillipe se lanzó hacia ella soltando insultos en francés y Kiera entendía ese idioma lo suficiente como para saber que la estiba llamando de todo. Aquel hombre era un cretino y seguramente debería salir de la cocina de inmediato, pero la rabia superaba el sentido común.

Y la expresión del pobre Robert, una mezcla de horror y alivio, fue suficiente como para que decidiera enfrentarse con el maldito.

Lo único que Trey le había enseñado, porque había enseñado poca cosa, era cómo tirar al suelo a un hombre fuese del tamaño que fuese. Cuando Phillipe se acercó a ella con los labios apretados, casi deseó que le levantara la mano. Con la frustración y la rabia que tenía dentro desde que había salido del rancho Stone Ridge, estaba segura de que podía hacerle mucho daño con la rodilla.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Kiera se quedó helada al oír la voz de Sam. Maldición. ¿Aquel hombre siempre da que aparecer cuando una menos lo esperaba ella?

Aun así, no se volvió. Seguía mirando a Philip que tenía las venas del cuello a punto de explotar.

—¿Qué qué pasa? Yo voy a decirle lo que pasa. Que estoy rodeado por una pandilla de inútiles. Por el rabillo del ojo, Kiera vio que Sam apretaba los labios.

Luego miró a Robert, la comida esparcida por el suelo y la bandeja de salmón que ella había tirado.

—Cree lo que te dé la gana», pensó. Al fin y cabo, sabía que le había mentido sobre su vida… y sobre la prueba de embarazo. ¿Qué mas daba añadir otro crimen a una larga lista de ellos?

—Este es un bufón —siguió Phillipe, señalando a Robert—. Y ésta es una insolente y una ton…

—Ya está bien —lo interrumpió Sam.

Phillipe hinchó el pecho.

—No puede esperar que trabaje con este panda de brutos…

—¡He dicho que ya está bien!

Sorprendido por el tono de voz del director, el chef cerró la boca y tiró, indignado, de las mangas de su camisa.

—Volveré en quince minutos. Y para entonces espero que ninguno de ellos siga aquí.

Cuando salió de la cocina, Sam miró al tembloroso Robert.

—Robert, por favor, ve a ayudar a Andrea con la fiesta en el salón de baile. Creo que andan cortos de personal.

—¿No estoy despedido?

—No, no estás despedido —suspiró Sam—. Pero no dejes que te vea Phillipe hasta que haya hablado con él.

—Sí, señor Prescott —murmuró el ayudante, saliendo a toda prisa.

Cuando Sam se volvió hacia ella, Kiera apretó los labios. Se negaba a darle una explicación.

—Se me cayó la bandeja.

—¿Ah, sí? —musitó él, mirando los pedazos di porcelana esparcidos por el suelo—. Ven conmigo.

Aparentemente, no le importaba nada lo que hubiera pasado. peor para él, pensó. Qué pasa con el pedido de salmón? Hay gente esperando.

Iré que le lleven una carta y le pidan disculpas en nombre del chef.

Tardó veinte minutos en decidirse por el salmón. No creo que le haga ninguna gracia —contestó Kiera.

—entonces, le invitaremos a comer. ¿Eso será suficiente? —Supongo que sí.

—Pues ahora, por favor, ven conmigo. Kiera salió al pasillo por una puerta doble, la que estaba el resto del equipo, todos unidos como un rebaño de ovejas. —

Por favor, haceos cargo… —SL señor Prescott —contestaron todos a una. —¿Dónde vamos? —preguntó Kiera. —A mi despacho —murmuró él, llevándola al ascensor.

No dijo una palabra más. Y Kiera se negaba a mirarlo. Muy bien, si iba a despedirla. Le daba igual. Sin duda lo lamentaría después porque necesitaba el trabajo, pero ya encontraría otro.

Cuando las puertas se abrieron, Sam salió del ascensor sin decir nada y Kiera lo siguió sin molestarse en mirar alrededor.

Una vez en el despacho, cerró la puerta y la miró. de brazos

cruzados, como esperando una explicación.

Muy bien. ¿Quería una explicación? Pues la iba a tener.

—El chef Phillipe es un cretino —dijo Kiera entonces—. Insulta a todo el mundo y se niega a aceptar que él también comete errores. Aunque, si quieres que te diga la verdad, comí muchísimo mejor en otro lado. No es un creador, no inventa nada…

todo lo que hace podría hacerlo cualquier otro cocinero. Todo el mundo sabe que aquí que porque el antiguo chef se ha ido a Italia_ todo el mundo menos tú, aparentemente, no aguantarías tanta arrogancia.

Sam levantó una ceja.

—¿No me digas?

—Pues sí, te digo. Robert es un buen ayudante de cocina. De hecho, tiene un gran potencial. Sólo necesita que alguien le guíe, eso no lo tendrá nunca con Phillipe.

¿Y sabes por qué?

—Tengo la impresión de que vas a decírmelo.

—Pues sí, voy a decírtelo. Porque cualquiera que tenga un poco de talento es una amenaza para Phillipe Girard, así que se dedica a machacarlo. Porque sabe que él no tiene ese y *sais quoi* que hace falta para ser un grande—siguió Kiera, furiosa—.

Y porque tarde o temprano, le descubrirán. Y cuando así sea, terminará haciendo hamburguesas en alguna parte. Pero no sé por qué intento explicarte esto. si no sabes nada de cocina… Además, seguro tú eres de los que juzgan a todo mundo sin enterarte antes de lo que pasa y eres el director del hotel y yo una cara. ¿Qué demonios sé yo? Eso es lo que res. ¿verdad? —…—Bueno, y ya estoy harta de hablar.

¿A qué estás esperando? Puedes despedirme cuando quieras: da igual. Es más, no tienes que despedirme, dimito. No quiero seguir trabajando aquí,

—Kiera, te creo —dijo Sam pacientemente.

—¿Qué?

—Que te creo.

—Ah, ¿sí?

—Sí

Kiera lo miró, suspicaz.

—¿Qué parte crees?

—Todo lo que has dicho. Todo?

—Todo —suspiró él—. El chef Phillipe es un marrano y un cocinero vulgar. Y Robert es un buen ayudante de cocina que necesita un poco de impulso. En realidad, ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—Y por qué no has hecho nada?

—Porque hay que darle tiempo a la gente, incluso a ti, por lo que veo.

Kiera miró alrededor por primera vez.

—Éste no es tu despacho.

—No, no es mi despacho.

Estaban en una suite.

—Esto es…

—Sí, mi casa. Vivo aquí.

—No entiendo nada —suspiró ella.

—Quería hablar contigo en privado —le explicó Sam.

—Pues sacarme de la cocina delante de todo el personal no es precisamente una forma de disimular.

—¿Habrías venido si te hubiera dicho dónde íbamos?

—Pues… no lo sé. Estaba demasiado furiosa.

Sam la miró en silencio durante unos segundos.

—Tú no estás embarazada.

Kiera levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Qué?

—Que no estás embarazada. Compraste la prueba para otra persona.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Se había puesto en guardia, evidentemente. Sam había aprendido a reconocer el brillo de sus ojos cuando quería esconder algo.

—Porque Clair te ha pedido que no dijeras nada.

—¿Te lo ha dicho ella? —exclamó Kiera, sorprendida.

—No, Clair no me cuenta esas cosas. Sólo era una intuición… pero tú acabas de confirmármelo.

—Yo no he dicho nada.

Sam tuvo que sonreír.

—Noo, es verdad, no has dicho nada. No tienes por qué hacerlo. Pero lo que me gustaría saber es por qué Clair confía en una persona que acaba de conocer para algo tan… per…

—Mira, no sé por qué te concierne este asunto….

—Muy bien, entonces voy a preguntarle a Clair.

—¡No!

—¿No?

Kiera se dejó caer sobre el brazo de un sillón. —Tenía todos los síntomas, así que sugerí que estaba embarazada. Clair no se había dado cuenta… pensaba que era el virus ése. —¿Y te pidió que comprases una prueba de embarazo?

—Si la compraba ella todo el mundo se enteraría.
—Sí, claro, es cierto —murmuró Sam—. ¿Y entonces qué?
—¿Qué de qué?
—No quieres contármelo, evidentemente.
—¿Contarte qué?
—Si está embarazada o no.
Kiera dejó escapar un largo suspiro.
—Mira, eso no es cosa mía. Y te agradecería mucho que no le hablases de esta conversación a Clair —le espetó, muy digna.
—Pues no lo sé… Esto es un notición. A 1 mejor se me escapa sin darme cuenta…
—Sam, por favor —lo interrumpió ella, poniendo una mano en su brazo—. No bromees sobre esto. Es muy importante para Clair.
Él miró la mano que había sobre la manga de su chaqueta, preguntándose por qué un gesto tan inocente hacía que le hirviera la sangre.
—No te preocupes, creo que soy capaz mantener un secreto.
—Sí, bueno, sé que eres una persona discreta —dijo Kiera entonces —. Además, ya lo has demostrado.
—También he demostrado que saco conclusiones precipitadas.
—Si yo hubiera estado embarazada, ¿me habrías…?
—¿Despedido? Claro que no.
Kiera bajó la cabeza, nerviosa.
—Pero eso lo habría cambiado todo, verdad?
Sam la miró, sorprendido. ¿Se refería a ellos dos?
—¿No lo sabes?
—Lo único que sé es que me siento atraída por ti y creo que tú te sientes atraído por mi.
¿Atraído? Le parecía una palabra demasiado poco importante para describir lo que sentía por ella. Y se le ocurrían otras muchas: desesperado, enloquecido…
Sam levantó una mano para acariciar su cara.
Tres reglas profesionales. Tres reglas que prometió a mí mismo cumplir.
La regla número uno es no salir con las empleadas del hotel —murmuró, trazando sus labios con un dedo—. La segunda es que las normas del hotel se aplican a todo el personal…
—Sam…
Kiera, no he terminado. La tercera regla es no involucrarme sentimentalmente con una empleada —siguió él—. Te conozco desde hace semanas y ya me he saltado dos de esas reglas.
—Sabes una cosa? Como he dimitido, ya no soy una empleada —

sonrió Kiera entonces esas reglas no tienen nada que ver conmigo.

—No, supongo que no —asintió Sam, tomándola por la cintura para apretarla contra su pecho.

Nunca había estado tan emocionado en toda su vida.

Capítulo Siete

Una locura.

Aquello era una locura, desde luego.

Los labios de Sam aplastando los suyos, los pechos apretados contra el torso masculino calor de su cuerpo… Kiera se olvidó de todo.

Estaba demasiado cansada como para seguir luchando contra sus emociones.

Necesitaba a aquel hombre como nunca había necesitado a ningún otro. Cuando empezó besarla en el cuello movió la cabeza para hacerle sitio, dejando escapar un suspiro…

«¿Estás loca?», le preguntó una vocecita «Estás en el hotel. Todo el personal sabe que has salido de la cocina con Sam Prescott».

—Sam… esto no puede…

—Lo sé —murmuró él, mordiéndole el lo de la oreja.

—No deberíamos…

—No, no deberíamos —admitió Sam.

—Alguien podría…

—Sí, alguien podría…

Aquélla era una conversación de locas.

—¿Quieres dejar de darme la razón?

_Está bien.

Sam siguió besándola, sin parar, abriéndole los labios con la punta de la lengua, deslizando las manos por su espalda, apretándola contra sí. A Kiera le temblaban las piernas y casi se cae al suelo desmayada. La moqueta parecía tan suave… Tan… tan cómoda. estaba. tan cerca…

Ella a través de una niebla, sintió que él iba hacia el otro lado de la habitación.

hacia el sofá? ¿Hacia el dormitorio? No parecía importar demasiado mientras siguiera basándola.

Kiera intentó deshacerle la corbata y cuando consiguió que sus dedos funcionaran empezó a desabrochar los botones de la camisa para acariciar su torso con los dedos. ; Sam la llevaba al dormitorio. Se dio cuenta cuando chocaron contra la puerta. Abrió los ojos un momento y vio unas paredes pintadas de color salmón oscuro, un armario y un rayo de sol colándose a través de & cortinas de color azul cobalto.

—Sam… empezó… decir nada, él tiró de la camisa sacándosela y empezó a acariciar sus costados con las dos manos. —Eres tan suave… —murmuró. Y empezó a acariciarla como en cámara lenta, Kiera sintió que caía de espaldas sobre el colchón.

Una caída peligrosa, emocionante. Sentía las manos de Sam sobre sus pechos y se dejó llevar por la sensación, se dejó ir cerrando los ojos.

—Llevo dos semanas esperando esto. Deseándote como un loco —dijo él con voz ronca.

«Como un loco». Otra vez esa palabra parecía decirlo todo. Pero fuera una locura no, ¿cómo podía estar mal algo que le gustar tanto?

Guando él inclinó la cabeza para besar estómago, a Kiera sencillamente le daba igual.

A Sam le sorprendió su fragilidad. Era mujer muy alta, pero de huesos delicados, curvas suaves y pechos firmes. Lo descubrió quitarle el sujetador. Acarició uno de sus senos con la punta de la lengua y sintió ella se arqueaba…

«Ve despacio», se dijo a sí mismo. «Contrólate, maldita sea».

Pero luego Kiera movió las caderas y susurró su nombre.

Estaba perdido.

«Al demonio con todo».

Desabrochando sus pantalones, fue tocándola por todas partes mientras bajaba la cremallera y metía la mano para acariciarla encima de las braguitas. Si no estaba dentro de ella pronto, pensó, con la frente cubierta de sudor, se volvería loco.

Luego metió la mano dentro de las bragas para acariciarla con un dedo. Ella se arqueó su mano y cuando empezó a acariciarla que le clavaba las uñas en la espalda.

—Quítate la ropa —murmuró Kiera, llevando las manos a su cinturón. —Tú primero.

De un tirón, Sam le quitó los pantalones, que enredados en los tobillos y Kiera se incorporó un poco para desnudarlo. Necesitaba tenerlo dentro, pero se hizo un lío con las mangas de la camisa y soltó una palabrota que hizo reír Sam. Quería tocarlo, pero él no la dejaba… no puedo soportarlo… déjame. —Espera… la soltó para quitarse los pantalones y contuvo el aliento cuando vio que se los bajaba de un tirón.

Estaba duro y erecto. Y enorme. La hizo sentir cierta aprensión que duró un segundo porque Sam abrió sus piernas con las manos y se colocó encima sin decir nada. A partir de entonces, Kiera cerró los ojos y se agarró al edredón…

Sintió que la penetraba, despacio, entrando poco a poco hasta que estuvo enterrado hasta el fondo. Kiera dejó escapar un gemido de placer y enredó las piernas en su cintura, apretándolo contra ella.

Y entonces Sam empezó a moverse. Lentamente al principio, más deprisa después. Gimiendo, Kiera se abrazaba a él, sintiendo que la

tensión en su interior iba en aumento con cada embestida… hasta que explotó.

Lanzó un grito y luego se mordió los labios mientras los espasmos la hacían sentir que la habitación giraba enloquecidamente. Poco después Sam dejó escapar un gemido agónico y cayó sobre su pecho, aplastándola contra el colchón. Cerrando los ojos de nuevo,. Kiera enredó los brazos en su cuello y sonrió.

Sam tardó unos segundos en recuperarse. Aún jadeando, se tumbó de espaldas, llevando a Kiera con él. Estaba tirada sobre su pecho como una muñeca de trapo, la cabeza sobre su hombro, su aliento acariciándole el cuello. Una fina capa de sudor cubría sus cuerpos.

Pero, de repente, Sam volvió a la realidad. Estaban en su dormitorio, en su cama, con la ropa tirada por el suelo…

Y se quedó sin aliento al ver que había dejado una marca en sus brazos.

—Maldita sea… ¿te he hecho daño?

—¿Eh?

—¿Te he hecho daño? Debería haber tenido más cuidado.

—No, no, estoy bien —contestó Kiera.

—Me temo que te he dejado un par de cardenales…

Kiera los miró, sorprendida. No se había dado cuenta.

—Y me temo que tú también tienes alguno, amigo. Creo que debería haber sido yo quien tuviese cuidado.

Sam sonrió.

—Yo soy duro, cariño.

—¿Ah, sí? Pues a mí me encantan los retos —rió Kiera, deslizando una mano por su estómago—. Puede que lamentes esas palabras.

Sam no tuvo oportunidad de contestar. No habría podido decir nada gracioso aunque ella le hubiese dejado. Porque en cuanto sintió que agarraba su miembro con la mano, su cerebro dejó de funcionar. Y cuando sintió los labios de Kiera sobre su estómago, contuvo el aliento hasta que creyó que iba a ahogarse.

—Vamos a empezar bien esta vez —la oyó decir, mientras lo rozaba con la lengua.

Y él no podía estar más de acuerdo.

Cuando despertó, la habitación estaba a oscuras y el sitio de Kiera a su lado, vacío. Tenía la garganta seca y estaba un poco mareado, como si tuviera resaca.

Curioso lo que Kiera Daniels podía hacerle a un hombre…

Sam se apoyó en un codo para incorporarse e hizo un gesto de dolor. Debía haberse hecho daño en algún músculo.

Pero al menos estaba vivo.

Apenas.

Arrugando el ceño, se pasó una mano por la cara, intentando recordar do.

Luego miró el despertador. Había perdido una hora durmiendo había dado a Kiera la oportunidad irse. Si hubiera sido cualquier otra se habría enfadado… Bueno, en realidad se alegraba de despertar solo, para qué engañarse. En general, después de acostarse con alguien no tenía mucho que decir no le apetecía tener que lidiar con las experiencias emocionales de algunas mujeres. Pero con Kiera…

Con Kiera todo era diferente. Era una mujer sexy, divertida, segura de sí misma inocente al mismo tiempo. Nunca había conocido a nadie así.

Sam movió el hombro. Prefería el dolor a la sensación de vacío que experimentaba al pensar en ella.

Apartando las sábanas, saltó de la cama y se percató de que olía a chocolate.—

chocolate? Él no había llamado al servicio de habitaciones.

Pasándose una mano por el pelo, se puso los pantalones y salió de la habitación.

Kiera estaba en la cocina, con su camisa puesta, canturreando mientras lavaba unos platos.

Sam se apoyó en el quicio de la puerta. ¿Como podía desearla otra vez? Habían estado haciendo el amor durante horas… No, no iban a volver a hacerlo.

Sentía una satisfacción muy masculina al mirarla. Lo que no sabía era lo que estaba haciendo. Sobre todo, considerando que él apenas tenía nada en la nevera.

—Huele bien —dijo por fin.

Ella se volvió, con una sonrisa en los labios.

—Por fin te has levantado.

—Espero que te guste.

—¿Qué es?

Lo verás. Ahora mismo estoy ocupada dijo Kiera, misteriosa.

—Yo también estoy ocupado —contestó Sam, acercándose para besarla en el cuello—. No te preocupes por mí, sigue haciendo lo que estabas haciendo.

—Estaba lavando la cacerola que he usado…

—¿Por qué?

—Porque me apetecía cocinar. ¿Y qué te apetece ahora? —susurró Sam, mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja. ¿Pero que te guste el soufflé.? ¿Había hecho un soufflé?

No tenías gran cosa en la nevera, pero he encontrado unos huevos,

harina y azúcar. Y tenía una chocolatina en el bolso. Mmm miró alrededor con cara de sorpresa.

—¿Qué?

—Es mejor comerlo cuando está caliente –dijo ella, como si fuera de lo más normal—. Supuse que debería haberme ido, pero temía que me viese alguien… Por eso me puse a cocinar.

—Has hecho un soufflé… en mi cocina. O dos huevos y una barra de chocolate

—murmuró él, incrédulo.

—Pues sí. Espero que no te importe.

—¿Importarme? ¿Cómo va a importarme que una mujer medio desnuda haga un soufflé de chocolate? —rió Sam, abrazándola—. Señora Daniels, es usted una mujer llena de talentos.

—Sam… Daniels no es exactamente mi apellido.

Él podría haberle dicho que ya lo sabía. Había estado haciendo ciertas averiguaciones no encontró nada sobre Kiera Daniels. ¿Y sobre su pasado, en realidad. Sólo que Rainville era famoso por su feria de la miel.

Debería haberla despedido entonces, pero sencillamente había confiado en su instinto decidió miró hacia otro lado.

Porque quería que se quedara.

—Siento haber mentido, pero necesitaba este trabajo.

—Estás recontratada —dijo Sam.

—No puedo quedarme, lo siento —suspiró ella—. El chef Phillipe…

—Yo me encargo de él, no te preocupes.

—No, es mejor así, de verdad.

—¿Mejor? ¿Mejor para quién?

—Para todos —contestó ella—. Para el restaurante, para el hotel. Para ti.

—No me digas lo que es mejor para mí, Kiera. —pero…

—Te importaría decirme qué hemos estado haciendo hasta hace un rato? Kiera lo miró con cara de sorpresa. Pero crees que me he acostado contigo para conservar mi trabajo?

—No, claro que no —contestó Sam—. Pero si corriendo cada vez que tienes un problema. La expresión de Kiera cambió por completo.

—Suéltame —le dijo, muy seria.

_ Por qué te enfadas? Sólo he dicho que…

—Tú no sabes nada sobre mí. Nada.

—Desde luego que no. Porque tú no has que contármelo —replicó Sam.

Entonces vio que Kiera entraba en la habitación—. ¿Qué vas…

—Me voy —contestó ella—. Y no te preocupes, el ascensor principal para que nadie…

He dicho yo que me preocupe eso? —le dijo Sam, molesto, unos segundos después, salía de la habitación completamente vestida.

—»Te vas de verdad?

Sam se pasó una mano por el pelo. Ninguna mujer lo había sacado de quicio como Keria. Y eso no le gustaba nada.

Pero no iría tras ella. Si quería marcharse, muy bien, de acuerdo. Podía marcharse. Si quería mantener su vida en secreto, le daba igual.

Además, no podía obligarla a quedarse. Lo que quería era que confiase en él.

Pero, aparentemente, Kiera no era capaz de hacerlo.

De modo que no la detuvo, no lo intentó siquiera.

Y mucho después de que se hubiera ido seguía oliendo a ella.

Sam sacó del armario una botella de whisky y maldijo el día que Kiera Daniels, o como se llamase, llegó a Wolf River.

Capítulo Ocho

Kiera abrió el cajón de la cómoda, sacó unos vaqueros y los guardó a toda prisa en la maleta. Los siguieron tres camisetas y un montón de bragas y sujetadores.

Luego entró en el cuarto de baño, tomó su bolsa de aseo y también la tiró en la maleta.

No llevaba mucho equipaje, desde luego.

Sam Prescott tenía que ser el hombre más imposible que había conocido nunca.

Pensar que se había acostado con él para conservar su puesto de trabajo… ¿Cómo se atrevía?

Había sabido desde el principio que era un error. Sabía que era el director del hotel y que acostarse con él era una soberana estupidez y aun así lo había hecho.

Había dejado que una cara bonita y unos brazos llenos de bíceps… bueno, con dos buenos bíceps, la hicieran olvidarse del sentido común.

Kiera se detuvo un momento para mirarse al espejo y dejó escapar un suspiro de rabia. La verdad era que si pudiera volver a hacerlo, lo haría.

No tenía remedio.

Se había pasado la mitad de la noche regañándose a sí misma por haberse acostado con Sam y la otra mitad deseando estar en su cama otra vez. Pero la molestaba haber cedido tan fácilmente.

—¿No podrías haber mostrado cierta reticencia, bonita? —se preguntó a sí misma, señalándose con el cepillo del pelo—. Podías haber disimulado un poco, por lo menos.

Dándose la vuelta, tiró el cepillo en la maleta y cerró la cremallera. Pero cuando volvió a mirarse al espejo, no fue su cara la que vio, sino la de Sam.

«Si sales corriendo cada vez que tienes un problema…»

—Yo no salgo corriendo. No estoy huyendo de nada.

Sí, bueno, quizá eso no era verdad del todo. Pero acostarse con Sam sólo había conseguido complicar una situación ya de por sí complicada. Si se quedaba, la cosa sería imposible.

Si se quedaba, se enamoraría de Sam.

¿A quién quería engañar?, se preguntó a sí misma entonces. ¿Para qué negarlo?

Estaba enamorada de Sam Prescott.

No quería estarlo. No quería sentir ese amor por nadie. No quería pensar en casarse y tener hijos. Había visto lo que esa clase de amor le

hizo a su madre, cómo la destruyó.

Hasta que conoció a Sam, no había sentido eso por ningún otro hombre. No sabía en carne propia que un hombre podía hacer que una mujer perdiera el respeto por ella misma, hacerla olvidar quién era o lo que quería en la vida.

Pero la tarde anterior, cuando se marchó de la habitación de Sam, el deseo de volver, de darle todo lo que pidiera era tan abrumador que la asustó.

Por eso tenía que irse de Wolf River. Para demostrarse a sí misma que podía hacerlo.

No había ido allí para enamorarse. Había ido para encontrar respuesta a sus preguntas. Había ido para encontrar la verdad detrás de la mentira. Pero allí estaba, sin respuestas y con el corazón roto.

Genial, desde luego.

Una parte de ella quería volver al rancho Stone Ridge. Sabía que allí encontraría consuelo, que Alaina la animaría, que Alexis llamaría desde Nueva York para decirle que había miles de hombres guapos en el mundo. Incluso Trey, que le estaría gritando durante más o menos una hora, se compadecería de ella cuando la viese llorar. Y luego iría a Wolf River y le pegaría una paliza a Sam.

Esa idea la animó un poco. Pero sabía que no podía volver a casa. Ni ahora ni en mucho tiempo.

De modo que tendría que irse a París, decidió. Aunque la emoción del viaje había desaparecido por completo. En París tendría la oportunidad de pensar con claridad, de concentrarse en lo que quería de verdad… y de curar su corazón.

Entonces oyó un golpecito en la puerta…

¡Sam!

Kiera tuvo que hacer un esfuerzo para no ir corriendo a abrir. En lugar de hacerlo, respiró profundamente y esperó sentada durante unos segundos hasta que volvieron a llamar.

«Que espere», se dijo.

Pero no era Sam, era Clair.

—Clair, hola.

Su jefa, vestida con un elegante traje azul marino, tenía mejor cara aquel día. Y

una expresión tan decidida que casi le dio miedo.

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí, claro. ¿Ocurre algo?

—Pues sí, ocurre algo. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —contestó Kiera.

«El niño», pensó. Y luego… Sam. ¿Le habría ocurrido algo a Sam?

No, eso era absurdo. ¿Que iba a ocurrirle? Además, Clair no sabía nada. No podía saber lo que había pasado en su habitación. ¿O sí?

—Tengo entendido que has dejado el hotel.

¿Por eso había ido a verla?

—Pues sí… he decidido marcharme.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—Perdona, Clair —se disculpó Kiera, contrita—. Te aseguro que en circunstancias normales habría avisado con quince días de antelación, pero…

—¿Éstas no son circunstancias normales?

—No.

—¿Te refieres al ataque de ira de Phillipe o a tu relación con Sam?

Kiera se quedó sin aliento. ¿Se lo había contado? ¿Cómo se atrevía a hacer tal cosa?

—Tranquila, Sam no me ha dicho nada. No es el tipo de hombre que va contando sus cosas por ahí —dijo Clair entonces.

—Pero entonces…

—No soy ciega, mujer. Vi cómo te miraba en mi despacho. Durante todo este tiempo, jamás le había visto mirar a una mujer como te miraba a ti. ¿Sabes que ha presentado su carta de dimisión esta mañana?

—¿Qué? ¿Por qué ha hecho eso?

—Por supuesto, yo le he dicho que no la aceptaría aunque hubiese asesinado a un cliente —siguió Clair.

—¿Y ha dicho por qué quería marcharse? —preguntó Kiera.

—No, sólo que su contrato había terminado y quería probar suerte en otro sitio.

Pero yo no me lo he creído, claro. Y luego me enteré de lo que había pasado en la cocina, de que tú te habías marchado también… y empecé a atar cabos.

Aquello no podía pasar. Se había peleado con el chef del hotel, se había acostado con su jefe, había dejado su trabajo sin avisar con antelación… y la propietaria del hotel lo sabía todo.

—Lo siento muchísimo, de verdad…

—No he venido aquí para oír disculpas —la interrumpió Clair—. Lo que haya pasado entre Sam y tú es cosa vuestra. Lo que me preocupa es el hotel. Sam ha incrementado el negocio en un treinta por ciento en estos dos años y no estoy dispuesta a dejarlo ir. Además, es mi amigo, un buen amigo. Y no quiero perderlo.

—Pero te has negado a aceptar su dimisión, de modo que se quedará, ¿no?

—Eso espero. Pero tampoco quiero perderte a ti, Kiera. Si estás

preocupada por Phillipe, olvídate. Se marchará dentro de nada.

—¿Qué?

—Tiene un contrato de seis meses y como hemos tenido problemas con él desde el primer día no pensaba renovárselo. Estaba dispuesta a aguantarlo hasta que el chef Bartollini volviese de Italia, pero acabo de descubrir que piensa quedarse a vivir allí, así que…

—¿Qué vas a hacer?

—Ya habíamos contratado a otro chef, pero aún faltan unas semanas para que Phillipe se vaya. Y aunque estoy deseando que Girard desaparezca, quedarnos sin chef en este momento sería un desastre para el hotel. Entre la convención de ganaderos la semana que viene y la de los empresarios que tendrá lugar después hay muchísimo trabajo. Los servicios de la cafetería no servirían de nada con tanta gente a la que atender.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Quedarte en el Adagio's para echar una mano. ¿Qué tengo que hacer para convencerte, subirte el sueldo?

La generosidad de Clair hizo que Kiera se sintiese culpable.

«Díselo», le urgía su conciencia. «Dile quién eres y por qué estás aquí. Dile la verdad. Se lo debes».

Pero no podía hacerlo. Quizá era una cobarde, pero no podía arriesgarse a perder su confianza.

—Me siento halagada, de verdad. Pero no sólo dejo el hotel, me voy de Wolf River.

—¿Te vas de Wolf River? —repitió Clair, atónita.

—Sí, me temo que sí.

—¿Por Sam?

—Es más complicado que eso —contestó Kiera—. Muchísimas gracias, de verdad, pero no puedo quedarme.

Clair dejó escapar un suspiro.

—Y yo pensando que podía contar contigo para la barbacoa…

—¿Qué barbacoa?

—La de mi primo Dillon, el Cuatro de Julio. La hace todos los años. Jacob y yo vamos a anunciar allí que estoy embarazada.

—Ah, cuánto me alegro…

—Kiera, por favor, quédate. Aunque sólo sea hasta entonces. Sé que quieres irte, pero quédate unos días más y ven a la barbacoa. Me encantaría que conocieses a mi familia.

—¿Quieres que conozca a tu familia? —repitió ella, asombrada.

—Sí, te van a gustar, ya lo verás. Y el rancho Blackhawk es absolutamente precioso.

¿El rancho Blackhawk? El corazón de Kiera parecía a punto de

salirse de su pecho.

—Pero… pero yo…

—Promete que te quedarás —insistió Clair—. Si me lo prometes, yo prometo no hacer que te sientas culpable por marcharte de Wolf River.

El rancho Blackhawk. La familia Blackhawk. Dillon Blackhawk. No podía ser, no podía ser…

Pero era su oportunidad, pensó entonces. Era su oportunidad de averiguar Quien era esa gente. Quien era ella.

—Prácticamente estará todo Wolf River. Y Sam también irá.

Kiera no sabía si ésa era una buena noticia o no, pero la idea de volver a verlo, aunque sólo fuera un ratito, hizo que su corazón latiese más deprisa.

—Muy bien —dijo por fin—. Me quedaré unos días más.

El vestíbulo del Cuatro Vientos estaba lleno de ganaderos pidiendo las llaves de sus habitaciones. El evento no empezaba hasta el Cuatro de Julio, pero algunos habían llegado antes para hablar con los subastadores en un ambiente más relajado que incluía cenas con buenas copas de coñac y buenos puros… y alguna que otra partida de póquer.

Los ganaderos trabajaban mucho y se jugaban grandes cantidades de dinero. Y

el hotel Cuatro Vientos estaba encantado de tenerlos como clientes.

Sam observaba el movimiento y comprobaba que todos recibían una sonrisa mientras esperaban para comprobar sus reservas. Como una máquina bien engrasada, los empleados del hotel hacían su trabajo a la perfección, entrenados como estaban para ello.

Le daba cierta satisfacción pensar que en aquel caos de gente entrando y saliendo había cierto orden.

Más o menos como en su vida, pensó. Sólo que, últimamente, sin la parte del orden.

Lo sacaba de quicio que Kiera se hubiera marchado, que ni siquiera le hubiera dejado hablar con Phillipe. Si le hubiese dado una oportunidad, incluso le habría dicho que sólo faltaban unas semanas para que se acabase el contrato del airado chef.

Pero no le había dado esa oportunidad, pensó. Sencillamente se había ido sin decirle adiós.

Aquella maldita mujer lo volvía loco.

Ninguna mujer lo había vuelto loco. Ninguna mujer se le había metido en el corazón como ella.

Ni siquiera había sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Olía el aroma de su champú en la almohada, la veía tumbada allí, desnuda,

con el pelo sobre las sábanas como un río negro, los ojos brillantes de pasión…

Había tenido que dormir en el sofá, aunque a eso no se le podía llamar dormir.

Pero cuando empezaba a amanecer, decidió que no pensaba rendirse tan fácilmente, que no iba a dejarla escapar.

Si quería pelea, la tendría.

Había decidido que le daría un par de días para que se calmase. Y también había decidido que, seguramente, era mejor que ya no trabajase en el hotel. Porque no podía tener una relación con ella mientras fuese una empleada y, desde luego, no tenía intención de ir escondiéndose por ahí.

Aunque Kiera se había marchado, él sintió la necesidad de presentar su dimisión. Que se hubiera saltado las reglas lo exigía. Al fin y al cabo, eso era lo que esperaría de cualquier otro empleado en su posición, de modo que él tenía que hacer lo mismo.

Pero Clair se había negado a aceptarla. Según ella, no había nadie más para controlar los eventos que tenían contratados para las siguientes semanas y nadie más que él podría decirle a Phillipe que no iban a renovarle el contrato.

Aunque Sam estaba decidido cuando entró en su despacho, Clair parecía tan agitada que tuvo que aceptar.

Por el momento, al menos.

—Perdone, ¿podría decirme dónde puedo encontrar al director de este antro?

Era Clair.

—¿Algún problema, señorita? —bromeó Sam.

—Un problema enorme. He visto a un tipo muy raro con cara de malas pulgas y he pensado que podría usted pedirle que se fuera.

Sorprendido, Sam miró alrededor pero no vio a nadie con aspecto peligroso…

Entonces se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—¿Y qué aspecto tiene ese hombre?

—Pues mire… se parece a usted.

—Sí, bueno, de acuerdo. Ya lo he pillado.

—¿Se puede saber qué te pasa? Con esa cara podrías matar a algún cliente del susto. ¿Quieres comer conmigo?

—Debería quedarme aquí comprobando que todo el mundo está contento…

—Tú sabes perfectamente que los empleados se encargan de eso —replicó Clair

—. Además, estoy muerta de hambre. Come conmigo y te contaré

lo que ha pasado cuando he ido a visitar a Kiera.

Sam se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa con Kiera?

—Nada, pero ya sabía yo que eso llamaría tu atención. Venga, tengo hambre.

Jacob ha ido a buscar a Evan y a Marcy al aeropuerto y no quiero comer sola.

Hablaremos durante el almuerzo.

—Ya hemos llegado, señorita Daniels.

Ocupada mordiéndose las uñas, una mala costumbre que creía haber dejado atrás doce años antes, Kiera no se había dado cuenta de que el coche se había detenido. Había intentado controlar los nervios memorizando recetas, algo que solía hacer de pequeña, cuando estaba con Cookie en la cocina del rancho, pero todas las recetas del mundo no podían evitar la ola de náuseas que sentía en aquel momento.

Estaba en el rancho Blackhawk.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el conductor de la limusina, mirándola por el espejo retrovisor. Tenía una cara simpática y un bigote canoso con cejas a juego.

—Sí, gracias, estoy bien —contestó ella.

Clair la había llamado cinco minutos antes de que llegara la limusina y, aunque ella había insistido en ir al rancho por sus propios medios, su ex jefa se mostró firme.

El conductor, Martin, también se había negado a aceptar una negativa. La gente de Wolf River era muy testaruda, desde luego.

—Yo estaré yendo y viniendo todo el día —le dijo el hombre, dándole una tarjeta—. Ése es el número de mi móvil. Llámeme cuando quiera volver a casa.

«¿Qué tal ahora mismo?», pensó Kiera.

Pero lo que hizo fue aceptar la tarjeta y salir de la brillante limusina. Grupos de gente pasaban a su lado mientras camionetas y coches intentaban encontrar un sitio para aparcar a la entrada del rancho. Había música saliendo de alguna parte y olía de maravilla. A espliego, a flores… y a comida.

Kiera se vio mezclada entre la gente y sintió que la brisa levantaba el bajo de su vestido de algodón. Pero cuando la limusina se alejó, tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo detrás de ella.

«Éste no es mi sitio», pensaba. Podría llamar a Martin inmediatamente y decirle que no se encontraba bien o algo parecido…

Pero entonces vio la casa.

Era de dos pisos, construida en ladrillo rojo, con un tejado de pizarra gris, algo poco habitual en Texas, y grandes ventanales. La

puerta, de hojas de madera de roble, estaba abierta de par en par y había docenas de globos dándole la bienvenida a todo el mundo. Detrás de la casa había un enorme jardín y varias hectáreas de robles.

La casa parecía atraer a Kiera, que empezó a moverse con el resto de la gente, pasando al lado de lechos de margaritas y petunias hasta que subió los escalones del porche. El interior era magnífico. Una entrada de mármol blanco, una escalera como la de Lo que el viento se llevó y lámparas de cristal en los altísimos techos.

Desde luego, no se parecía nada al rancho en el que ella había crecido.

El interior de la casa podría haber parecido un poco frío de no ser por los alegres invitados, por los globos y las flores. Cuando los niños que estaban jugando fuera entraron dando gritos, como los pequeños monstruos que eran, Kiera se apartó un poco para observarlos. Y se preguntó entonces cómo habría sido su vida de haber nacido allí y no en el rancho Stone Ridge. ¿Pensaría de forma diferente? ¿Actuaría de forma diferente? ¿Querría otras cosas de la vida?

Por el rabillo del ojo vio unas fotografías en la pared. Fotografías familiares, pensó, incluyendo la misma que había visto en el despacho de Clair. Una de ellas llamó particularmente su atención… un hombre al lado de una mujer pelirroja. El sonido de la música y los gritos de los niños parecieron alejarse entonces, esfumarse por completo.

Conteniendo el aliento, se acercó para mirar de cerca la fotografía y vio las inequívocas facciones de los Blackhawk. Sabía en su corazón que era Dillon Blackhawk, el hijo de William Blackhawk.

Eso la hizo sentir un escalofrío. Buscó una fotografía del padre, pero no encontró ninguna. Cuando su madre vivía en Stone Ridge tenía la imagen de William Blackhawk rodeada de velas y crucifijos. Allí no había nada.

—Hola.

Kiera dio un salto al oír esa voz… Sam.

El sombrero negro la sorprendió, pero le quedaba bien. Llevaba una camisa azul de tela vaquera que acentuaba el tamaño de sus hombros y los vaqueros, gastados, destacaban sus largas y poderosas piernas. Kiera tuvo que hacer un esfuerzo para no tirar de la hebilla plateada de su cinturón para atraerlo hacia ella.

—Me has dado un susto.

—Lo sé. Y lo siento, tendré más cuidado a partir de ahora.

Kiera tuvo la impresión de que se refería a lo que había pasado esa tarde en su habitación. No lo había visto desde entonces y lo echaba de menos.

Pero ahora, mirándolo a los ojos, respirando el familiar aroma de

su piel, la irritación de la semana anterior desapareció como por ensalmo.

Estaba allí, a su lado. Otra vez.

—¿Estabas escondida?

—Quizá un poco. Bueno, había pensado que mirando esas fotos a lo mejor reconocería a alguien,

Sam miró hacia la pared. —Esta foto está en el despacho de Clair. Y en ésta está toda la familia Blackhawk. «No toda la familia», pensó ella.

—Sí, ya lo sé. Son muchos.

—Y cada día hay más —asintió él—. Si quieres, puedo presentártelos. Creo que han venido todos.

«Han venido todos».

El corazón de Kiera empezó a latir de forma inquietante. ¿Se habría metido en arenas movedizas? ¿Podría resistir aquella reunión sin meter la pata? Estaba segura de que, si Sam no estuviera allí, habría llamado a Martin para que fuese a buscarla.

Pero Sam estaba allí y su formidable presencia le daba algo de valor.

—Bonito vestido.

—Gracias.

—Y bonitas botas.

—Gracias otra vez.

Había comprado las botas camperas el día anterior, aunque tenía un armario lleno de ellas en el rancho.

—A mí también me gustan las tuyas.

—Es una obligación llevarlas en las barbacoas de Texas. Especialmente cuando hay que bailar.

—¿El jefe baila? —bromeó Kiera.

—Contigo, sí —contestó Sam—. Y ya no soy tu jefe, ¿recuerdas?

—Recuerdo —murmuró ella—. ¿Qué tal bailas, por cierto?

—Muy bien. ¿Vas a bailar conmigo?

¿Qué mujer podría decirle que no?, se preguntó Kiera.

«Evidentemente, yo no».

—Es un quizá.

—Bueno, tendré que aceptar eso por ahora —sonrió Sam, tomando su mano—.

Te he echado de menos, Kiera.

—Yo también —le confesó ella.

—Estaba preocupado por ti. He llamado a Mattie todos los días para ver cómo estabas.

—¿Has llamado a Mattie, al Shangri-La?

—Sí. Imaginaba que tú no querrías hablar conmigo, pero Mattie siempre tiene ganas de hablar.

Kiera hizo una mueca. Debería enfadarse con él, pero en aquel ambiente tan festivo era imposible enfadarse con nadie. No, aquel día quería pasarlo bien. Aquel día no pensaría en sus problemas ni en sus miedos. Viviría el momento y por la noche…

—Perdón.

Una voz masculina tras ellos hizo que Kiera soltase la mano de Sam. Y al ver la cara del hombre supo que la alegría había desaparecido.

Dillon Blackhawk estaba en el pasillo.

—Perdonad si interrumpo, pero me han enviado a buscaros.

Capítulo Nueve

Si Sam no hubiera estado tocando a Kiera cuando Dillon apareció podría no haberse percatado de que pasaba algo. Pero en aquel breve segundo, cuando ella soltó su mano como si le quemara, había visto pánico en los ojos de Kiera.

Pánico. ¿Por qué?

—Acabamos de llegar —dijo Sam—. ¿Qué tal va todo, Dillon?

—Bien, estupendamente —contestó él—. Tú debes ser Kiera.

—Sí, yo… —ella tragó saliva—. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. Clair me ha hablado muy bien de ti —sonrió Dillon Blackhawk, apretando su mano—. ¿Nos conocemos de algo?

—No, pero creo que debo tener una de esas caras que le suena a todo el mundo.

—Yo no diría eso —sonrió el hombre—. Será mejor que la vigiles, Sam. Yo estoy casado, pero por aquí hay mucho buitre.

—No te preocupes, estoy en ello —sonrió él.

—Te agradezco que me hayas invitado —dijo Kiera entonces. El cambio de tema no pasó desapercibido para Sam—. Clair me había dicho que el rancho era precioso, pero es mucho más que eso.

—Gracias. Te lo enseñaría, pero si no te llevo con Clair ahora mismo me echará una bronca. Sam ha estado en el rancho otras veces, seguro que él puede enseñártelo.

Sam asintió, recordando un sitio muy escondido entre el granero y el establo donde le gustaría estar a solas con Kiera unos minutos.

—Lo haré, no te preocupes.

—Genial —sonrió Dillon—. Bueno, vamos.

No sólo la casa era asombrosa; el jardín era una maravilla. Del tamaño de un campo de fútbol.

Clair le había dicho que la mitad de Wolf River estaría allí y no había exagerado en absoluto.

—Parece que Clair está charlando con Madge. Voy a buscar algo de beber y luego iremos a salvarla.

—No te preocupes. Clair te necesita más que nosotros —rió Sam.

—¿No es ésa la dueña de Pappa Pete's? —preguntó Kiera—. ¿La que tenía seis hijos?

—La misma. Y ése es su marido, Pete… el que está cerca de la barbacoa con tres chicos.

Todos eran altos y delgados, como Eddie, el adolescente despistado. Era un chico simpático, pero como tenía por costumbre tirar las cosas, Kiera decidió no acercarse a él hasta que hubieran terminado de comer. Al fin y al cabo, llevaba un vestido nuevo.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Sam.

—Lo que tomes tú.

—Muy bien. No te muevas de aquí y no hables con hombres extraños hasta que yo vuelva.

—¿Y si alguien me dice hola? No puedo ser grosera —bromeó Kiera.

—Sí, en fin, en mi opinión las buenas maneras son algo del pasado. Pero por si alguien está mirando…

Sam la tomó por la cintura y la besó en los labios sin previo aviso. No de una forma tan ardiente como para que fuese un escándalo, pero sí como para dejarla mareada, Y contenta.

Estaba como en las nubes cuando un niño que iba corriendo chocó contra ella.

—¡Perdón!

Kiera lo vio alejarse a la carrera, recordando cuando jugaba con sus hermanos a su edad. Los echaba de menos. Si había aprendido algo cuando llegó a Wolf River era lo importante que era su familia para ella. Y cuánto los necesitaba.

Sam se dirigía entonces hacia ella con dos botellas de cerveza en la mano. Y al verlo Kiera pensó que no sólo necesitaba a su familia.

Ahora que había conocido a Sam Prescott y se había enamorado de él, necesitaba mucho más.

—Nathaniel Joseph, pídele disculpas a esta señorita ahora mismo.

Kiera miró a una mujer rubia que se acercaba con el niño de la mano. Llevaba una blusa de color rojo guinda y unos vaqueros de Versace. Y tenía una piel que debería aparecer en los anuncios de cremas nutritivas. A su lado, Kiera reconoció al niño que se había chocado con ella un minuto antes.

—Mamá, ya le he pedido perdón —protestaba el crío.

—No hace falta, de verdad…

—Claro que hace falta —insistió la rubia—. ¿Nathan?

—Siento haberme chocado con usted, señora.

—¿Y qué más? —dijo su madre.

—¿Y no volveré a hacerlo?

La mujer asintió con la cabeza.

—Eso está bien. Y ahora, dile quién eres.

—Me llamo Nathan Blackhawk —dijo el crío, orgulloso, ofreciéndole su mano.

¿Blackhawk? Kiera apretó la mano del niño, sorprendida.

—Yo me llamo Kiera Daniels.

—¿Tú eres Kiera Daniels? —exclamó la rubia—. Yo soy Julianna Blackhawk. Mi marido, Lucas, es primo de Clair. Hemos oído hablar

de ti.

Kiera miró hacia Sam, nerviosa, pero él se había detenido a charlar con una pareja.

—¿De mí?

—¿Puedo irme ya? —preguntó el niño.

—Sí, sí, anda vete. Pero no vayas corriendo… Ah, ¿para qué lo intento? Los niños de los Black-hawk no están dando una buena impresión —rió Julianna.

—Bueno, son niños. Además, es muy simpático.

—No dirías eso si lo hubieras visto ayer cuando él y sus dos hermanas decidieron que el gato «brillaba» poco. Al pobre lo llenaron de brillantina y relumbraba en la oscuridad. Hasta él se asustaba de sí mismo.

Kiera soltó una carcajada. Los niños siempre habían sido un misterio para ella.

Había estado tan ocupada con los estudios y el trabajo que nunca había tenido tiempo de pensar en formar una familia. Pero cuando miró a Sam, empezó a pensarlo. Aunque seguramente era una tontería, se preguntó qué clase de padre sería, a quién se parecerían sus hijos…

—Clair está impresionada contigo —siguió Julianna—. Dice que no ha visto nunca una camarera tan buena como tú. «Una entre un millón», creo que fueron sus palabras exactamente.

—Vaya, pues muchas gracias. Pero no es para tanto. Y la verdad es que yo nunca había trabajado para una persona tan amable como Clair —sonrió Kiera.

—Sí, es una chica muy especial. Rand y Seth están muy contentos de que se haya instalado en Wolf River. Y ahora que Dillon ha vuelto, está toda la familia al completo.

—¿Por qué se habían marchado?

—Es una larga historia —contestó Julianna—. Y muy complicada. Ay, ya me he manchado los pantalones de hierba. Y esta mancha no se quita con nada.

Complicada. Exactamente la palabra que Sam había usado aquella mañana, en el despacho de Clair. ¿Por qué era tan complicada? Algo había pasado en aquella familia de lo que nadie parecía querer hablar.

Y Kiera sabía exactamente lo que era.

—Hola, Sam. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien, Julianna. ¿Qué tal los niños?

—Horribles, como siempre. Bueno, venid conmigo, quiero que Kiera conozca a todo el mundo.

Nerviosa, Kiera dejó que Julianna los llevase hacia una mesa

donde estaban reunidos los Blackhawk y uno por uno fue estrechando las manos de todos. Rand, con su expresión reservada y sus ojos negros. Seth, de sonrisa fácil. Y luego Lucas, el marido de Julianna. El parecido entre todos ellos era increíble. Un testamento de la fuerza de la sangre Blackhawk.

Con Sam a su lado, conoció a sus esposas y a algunos de los niños. Y cuando Clair y Dillon se unieron al grupo, fue como si el círculo se hubiera completado.

Un círculo en el que no había sitio para ella, pensó.

Todos le habían dado la bienvenida calurosamente, pero aquélla no era su familia. Ya no importaba quién había sido William Blackhawk o qué había hecho en su vida. Kiera sabía en su corazón que aquélla era buena gente, gente a la que no podía importunar con sus problemas.

Por primera vez en su vida, se daba cuenta de que no podía tener todo lo que quería. No podía tener lo que había deseado desde que era una niña.

Tendría que irse, pensó, pero no lo haría sin contarle antes la verdad a Sam. No toda la verdad, pero sí lo suficiente como para que entendiera que tenía que marcharse de Wolf River. Y por qué le había mentido.

—Ah, me parece que están tocando nuestra canción —sonrió Sam entonces.

—¿Qué canción? Nosotros no tenemos…

—¿Cómo que no? —la interrumpió él, tirando de su mano.

Bailaron durante toda la tarde. Y luego, por la noche, fueron a su habitación en el motel Shangri-La e hicieron el amor casi hasta el amanecer.

Entre sus brazos, Kiera no podía dejar de pensar que, al final, los dos habían perdido.

Capítulo Diez

—Éste es un buen hotel, Sammy. Un hotel estupendo. Y cada día tenéis más cosas. Tú corres más que un gato con la cola en llamas.

A Sam no le importaba que Tyke Madden le diese un golpecito en la espalda, especialmente considerando que era el presidente de la Asociación de Ganaderos de Texas. Pero lo que no le gustaba mucho era lo de «Sammy».

—El Cuatro Vientos está enteramente a tu disposición, Tyke.

—Tú sigue dándonos de comer como esta mañana y no nos moveremos de aquí

—rió el hombre.

Tyke Madden era un ganadero del viejo Oeste. El típico ganadero de puro en la boca, sombrero Stetson y cartera forrada de billetes. Un hombre muy influyente en todo el estado. Si salía contento de la convención, todo el mundo estaría contento.

Yeso significaba más negocio para el Cuatro Vientos.

Sonriendo, Sam se volvió hacia la señora Madden, una rubia platino que había sido stripper treinta años antes y se sentía orgullosa de ello.

—¿Ya has reservado el masaje, Amanda?

—Tengo una cita con Michael en veinte minutos, cariño. Y pienso estar desnuda sobre la camilla en media hora.

La mujer debía tener más de cincuenta años, pero conservaba una magnífica figura.

—Será mejor que ese Michael tenga un seguro de vida —rió Tyke.

Sam pensó que lo mejor sería no comentar nada sobre eso.

—Cariñito, ¿no conocemos a esa chica de ahí? —preguntó Amanda entonces.

—¿Qué chica?

—Esa, la morenita tan guapa.

Se refería a Kiera, que estaba entrando en el hotel en ese momento. Después de pasar la noche en su habitación le había hecho prometer que comerían juntos en el Adagio's a las dos. Y eran exactamente las dos, de modo que ella se dirigía al restaurante… Habían decidido que entraría sola, para que no hubiese murmuraciones por todo el hotel.

—Cielito, tú sabes que yo nunca miro a otra mujer —contestó Tyke.

—Pero yo nunca olvido una cara y te juro que he visto a esa chica en otro sitio, aunque hace algún tiempo.

¿Sería posible? Sam vio que Kiera sonreía a Joseph, el conserje, y luego miró a Amanda, que estaba dándose golpecitos en la barbilla.

—Se llama… ¿cómo se llama? Karen… no, Karen no. Kate… Kirsten…

—Kiera —dijo Sam.

—Ah, eso es, Kiera. Y el apellido es…

—¿Daniels?

—No, no se llama Daniels —suspiró la rubia, mirando su reloj—. Bueno, tengo que irme. Venga, cariñito, acompáñame al spa.

Sam observó a la pareja alejándose y tuvo que hacer un esfuerzo para no sujetar a Amanda del brazo y pedirle que intentase recordar el apellido.

Más tarde, decidió. Después de comer, invitaría a Amanda y a Tyke a tomar algo en el bar. Quizá una copa de coñac la haría recuperar la memoria.

Sabía que a Kiera no le haría ninguna gracia que hiciese averiguaciones, pero después de haber estado con ella en la barbacoa… y sobre todo, después de haber hecho el amor con ella durante toda la noche, no quería dejarla escapar.

Ni ahora ni nunca.

Esa idea lo sorprendió. Nunca había sentido algo así por otra mujer. Nunca había pensado en…

Ni siquiera podía formar la frase.

—Sammy…

Sam se volvió, sorprendido al oír la voz de Amanda.

—Dime.

—Acabo de recordar el apellido de esa chica.

Kiera tomó un sorbo de agua, pensando que era raro estar sentada frente a una mesa y no sirviendo a los clientes, como antes. Ginger, una de las camareras, le había dado un abrazo al verla, pero todos estaban tan ocupados que no hubo mucho tiempo para preguntas antes de que la llevase a un discreto reservado.

El restaurante le resultaba extrañamente familiar, aunque sólo había trabajado allí durante un par de semanas. El aroma a romero y a pan con aceite de oliva, el roce del mantel de lino, la música clásica que salía de los altavoces elegantemente escondidos entre las plantas… todo le resultaba muy familiar. Como si llevara toda su vida allí.

Esperaba a Sam, pero eran más de las dos y no aparecía. Aunque era lógico.

Aquél era el primer día de la convención de ganaderos y debía estar muy ocupado.

Y, a pesar de todo, iría a comer con ella. Porque era un hombre de palabra. Pero con cada segundo que pasaba, se le cerraba un poco más

el estómago.

Había llegado la hora de la verdad.

Había estado toda la mañana ensayando lo que iba a decirle y paseando por la habitación mientras lo recitaba en voz alta. Le diría por qué había ido a Wolf River. Y

por qué no podía quedarse. Pero no le diría quién era en realidad.

Por supuesto, Sam querría saberlo… por eso había decidido contárselo en el restaurante. Porque allí no podría insistir ni montarle una escena. Habría demasiados clientes mirando, por no hablar de los empleados. De modo que Sam lo dejaría pasar, pensando que iba a convencerla más tarde, por la noche, mientras hacían el amor.

Lo que Sam no sabía era que no habría más noches. Porque ella ya no estaría en Wolf River. Ya había pedido la cuenta en el motel y sus maletas estaban en el maletero del coche. Cuando terminasen de comer, se marcharía de Wolf River para siempre. Se alejaría de la familia Blackhawk y del hombre del que estaba enamorada.

—¿Kiera?

—Ginger, qué susto me has dado. ¿Qué ocurre?

—El chef Phillipe. Otra vez está montando uno de sus numeritos…

—Ginger, yo no trabajo aquí.

—Lo sé, pero tú eres la única que se atreve con él. Había pensado que, como no está Sam, tú podrías…

—¿Yo? ¿Dónde está Christine?

—En la cocina. Phillipe la tiene acorralada. Le está dando voces… dice que le han despedido por nuestra culpa.

¿Estaba gritándole a Christine, una mujer embarazada? ¿Cómo se atrevía aquel energúmeno?

Kiera tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó, indignada. Precisamente aquel día, pensaba.

Pero cuando entró en la cocina, se olvidó de todo lo demás. Christine estaba pálida, acorralada entre la encimera y la pared, mientras Phillipe le gritaba algo en francés. Tyler, Robert y otros dos camareros, estaban mirando la escena, demasiado asustados como para hacer nada.

¡Sería canalla!

—¡Este restaurante no será nada sin mí! ¡Y vosotros, todos vosotros, *bon pour ríen*, sois una pandilla de incompetentes!

—¡Apártate de ella ahora mismo, imbécil!

El chef se volvió y se quedó helado al ver a Kiera en la puerta.

—¡Tú! ¿ *Que faites vous ici*? ¿Y quién eres tú para decirme nada?

—¡Eres un cobarde y un matón! —le espetó Kiera—. Eres una vergüenza para la profesión.

—¡No te atrevas a hablarme así!

—¡Yo te hablo como me da la gana! Además, he oído que ésta ya no es tu cocina.

—¡Estúpida camarera…!

Kiera tomó una sartén de hierro y la levantó sobre su cabeza.

—Como te acerques a mí te doy con esto en la cara.

Phillipe vaciló, pero luego emitió una especie de bramido y se lanzó sobre ella como un toro. Con la adrenalina saliéndole por las orejas, Kiera apoyó los pies firmemente en el suelo para golpearlo con la pesada sartén… pero entonces ocurrió algo. No sabía cómo, pero de repente estaba mirando la espalda de Sam. Y el chef Phillipe estaba en el suelo con la cara ensangrentada.

¡Sam le había dado un puñetazo en la nariz!

—Gracias, pero en realidad no…

—¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Defendiéndome —contestó ella, indignada.

—¿Defendiéndote de un hombre que casi mide un metro noventa?

—¡Estaba atacando a Christine! ¿Qué querías que hiciera?

—¡La nariz, me ha roto la nariz! —gritaba Phillipe.

—¡Cállate o te romperé algo más! ¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

—Estaba insultando a Christine —contestó Robert—. Decía algo de que le habían despedido y era culpa nuestra.

—¿Y cómo sabías tú que no íbamos a renovarte el contrato?

—He visto una nota en el despacho de Clair esta mañana —contestó el chef, intentando controlar la hemorragia de la nariz con el delantal.

—Eres tan mentiroso como mal cocinero. No había ninguna nota sobre la mesa de Clair, de modo que has debido hurgar en los archivos. Pero da igual… a partir de ahora no encontrarás trabajo como cocinero en ningún restaurante de Wolf River. Ya puedes ir aprendiendo a hacer hamburguesas —le espetó Sam—. ¿Y se puede saber qué hacías tú aquí, Kiera?

—Pues… es que Ginger fue avisarme —contestó ella—. Ese idiota ha estado a punto de…

—Déjalo, ya hablaremos después —la interrumpió Sam—. Phillipe, levántate, tenemos que ir a hablar con el comisario.

—¡Voy a presentar cargos!

—¿Tú? ¿Y qué crees que voy a hacer yo, amiguito? Menos mal que había intuido que esto iba a pasar… Los tengo esperando en la puerta desde hace un par de días.

—Pero… —empezó a decir Kiera.

—Ahora mismo no puedo hablar. Pero no te muevas de aquí.

Ella quería protestar, pero parecía tan furioso que decidió callarse. Y Sam dejó escapar un suspiro de alivio cuando Kiera asintió con la cabeza. Un problema menos, pensó.

—Y ahora, todo el mundo a trabajar. Pero tendremos que avisar a los clientes de que sólo se pueden servir ensaladas y platos fríos.

Los camareros protestaron, pero Sam no hizo caso mientras sacaba a un reacio Phillipe por la puerta trasera hasta el coche patrulla que esperaba en el callejón.

—Iré a firmar el atestado en cuanto tenga tiempo, pero podéis empezar con dos cargos por intento de asalto. Uno a Christine Desmond.

El comisario miró al chef, sorprendido.

—¿Se encuentra bien?

—Sólo un poco asustada. Está con Clair ahora mismo.

El comisario sacó las esposas del cinturón.

—Yo tengo una hermana que se llama Christine Desmond. Morena, embarazada, encargada del restaurante. No será la misma, ¿verdad?

—Tengo mis derechos… —empezó a protestar Phillipe.

—Pues claro que tienes tus derechos. Y yo tengo los míos —murmuró el comisario, intentando contener su rabia—. Sam, has dicho que había dos cargos.

¿Quién es la otra persona?

—Eso te lo diré más tarde. Tengo que volver a la cocina ahora mismo. Hay un lío de mil demonios.

—Muy bien, te espero en la comisaría.

Mientras volvía a la cocina, Sam iba lanzando maldiciones. Precisamente tenía que pasarle aquella semana, con el hotel lleno de gente. Una semana entera sin chef sería la ruina para el Cuatro Vientos.

Y por si eso no fuera suficiente, diez minutos antes había descubierto quién era Kiera. Quién era y para qué había ido a Wolf River.

Seguía atónito por el descubrimiento. Pero aunque le gustaría sacarla de la cocina y pedirle una explicación, no podía hacerlo en ese momento.

Intentando controlarse, empujó la puerta… y vio que Kiera no estaba donde la había dejado. Pero la vio enseguida, con un delantal puesto.

Cocinando.

—¡Salmón para la dos! —gritaba, echando unas hierbas sobre el pescado—.

¡Necesito platos, chicos! Hay que moverse un poco más. Tyler, ¿qué me habías pedido?

—Un revuelto de setas… sin yema de huevo. Y la mesa quince quiere un bol de salsa marinara.

—Robert, encárgate de esto. Cuidado con la albahaca… añádele un poco de vino tinto. ¡Necesito esos platos ahora!

Sam se quedó mirándola, perplejo.

—Rico, córtame unos tomates… pronto, pronto. Robert, si le pones un poco de crema a esa salsa, la chica de la mesa seis se acostará contigo. Vamos, hasta yo me acostaría contigo.

Robert soltó una carcajada, pero Sam se puso en guardia. ¿Qué había dicho?

¿Y que demonios estaba pasando allí?

Evidentemente, Kiera sabía manejarse en una cocina. De hecho, se manejaba mejor que Phillipe.

—¡Tengo el bacalao en el horno, pero necesito platos para sacarlo! ¡Chicos, por favor!

Era cocinera, pensó Sam. Había hecho aquel soufflé en su habitación, con un poco de azúcar y una chocolatina… ¿Quién podía hacer eso?

¿Cómo podía ser tan obtuso?, se preguntó entonces. Era chef. Kiera era una chef, seguramente entrenada en una buena escuela de cocina.

Y él no la conocía en absoluto. No sabía nada de ella.

Pero evidentemente tenía la cocina bajo control y, en aquel momento, eso era lo único importante.

De modo que se dio la vuelta y subió al despacho de Clair, pensativo.

—Kiera, ha sido increíble —con dos copas de vino en la mano, Robert la siguió fuera de la cocina—. Asombroso.

—Gracias, socio —sonrió ella, dejándose caer sobre una silla—. Tú no lo has hecho nada mal.

El restaurante estaba casi vacío. Sólo quedaban un par de clientes tomando una copa de coñac. Y desde diez minutos antes, la cocina del Adagio's estaba oficialmente cerrada.

Era la primera vez que tenía ocasión de sentarse y estaba agotada. Pero satisfecha. Por fin había podido hacer algo por Clair. Y por Sam.

Y no recordaba haberse sentido más feliz en mucho tiempo.

—Tenías razón sobre lo de no poner tanto tomillo en el pollo. Y el *marsala*…

tienes que darme esa receta. Es buenísima.

—Tú serás un buen chef, Robert —sonrió Riera, levantando su copa—. Que nadie te diga lo contrario.

—Siento lo que ha pasado antes. Cuando Phillipe se puso a gritar, me quedé paralizado…

—Sí, bueno, no te preocupes. He tratado con hombres más grandes y más peligrosos que Phillipe Girard, te lo aseguro.

—En realidad, nadie sabía qué pensar de ti. Se decía de todo… ya sabes cómo son las ciudades pequeñas. Pero después de lo de hoy, no queda duda alguna.

—Ya me imagino —murmuró Kiera.

Pero tenía problemas más importantes que resolver en aquel momento. Sam estaba esperándola.

Tyler le había dado el mensaje diez minutos antes. Era corto y directo: «nos vemos en mi despacho».

Ni siquiera se lo pedía por favor.

Lo había visto cuando entró en la cocina, pero en ese momento estaba demasiado ocupada como para prestarle atención. Y Sam había confiado en ella.

Podría haber cerrado la cocina del Cuatro Vientos hasta nueva orden, pero no lo hizo. La dejó trabajar.

—Tengo que irme, Robert. Pero no olvides lo que he dicho: vas a ser un buen chef.

—Gracias, de verdad.

Para evitar la aglomeración de ganaderos, Kiera tomó el ascensor de servicio hasta la sexta planta. El pasillo estaba vacío, silencioso.

Respirando profundamente, se armó de valor mientras empujaba la puerta del despacho de Sam Prescott.

«Puedes hacerlo», se decía a sí misma.

Él estaba de espaldas a la puerta, mirando por la ventana.

—Hola.

Sam se volvió e iba a dar un paso hacia ella cuando Kiera lo detuvo con un gesto.

—No, espera un momento. Quédate donde estás o no podré decir esto. Sabes que no he sido completamente sincera contigo y…

—Kiera…

—Sam, por favor. Déjame hablar. No estaba huyendo de una relación abusiva…

aunque dejé que lo creyeras. Pero te dije la verdad sobre el hematoma en el ojo, me había caído de un caballo… lo cual es vergonzoso, considerando que me he criado en un rancho. Tengo dos hermanas gemelas y un hermano que es súper protector y pesadísimo. Y a pesar de que hace poco descubrí que tanto ellos como mi madre me habían estado mintiendo toda la vida, los quiero muchísimo.

Le gustó decir eso en voz alta. Había estado tan enfadada, sobre

todo con Trey.

Pero ya no quería estarlo. Estaba demasiado cansada de las mentiras.

—Fui a la escuela de cocina de Nueva York y después de conseguir el título viajé por toda Europa, yendo de restaurante en restaurante, aprendiendo el oficio.

Luego volví a Nueva York. Durante los últimos dos años he sido chef en un restaurante muy conocido… Pero hace cuatro meses solicité un puesto como ayudante de un famosísimo chef francés en París. Me sorprendió que quisieran contratarme, pero era la oportunidad de mi vida, así que acepté, encantada, en cuanto me dijeron que sí. Dejé mi trabajo, pasé dos semanas con mi familia… y fue entonces cuando me enteré de la mentira —suspiró Riera—. La noche antes de tomar un avión con dirección a París, oí a mi hermano y a una de mis hermanas discutiendo…

—Kiera, por favor…

—Déjame terminar, Sam —protestó ella—. Pensaban que yo estaba en la cama, pero estaba demasiado nerviosa como para dormir, así que lo oí todo.

Le parecía como si hubiera pasado un siglo desde entonces, pero aún podía oír los susurros de Trey y Alaina:

—Tienes que decirle la verdad, Trey. Ya has esperado demasiado tiempo. Si Kiera se enterase…

—No se enterará. Dejaremos que se instale en París y lo pase bien. Luego, dentro de unas meses…

—Llevas diciendo eso cuatro años. Maldita sea, Kiera ya no es una niña. Tiene derecho a saber la verdad. ¿Quieres dejar de ser tan bruto y decírselo de una vez?

Kiera apartó ese recuerdo de su cabeza y se obligó a sí misma a concentrarse en el presente.

—Cuando por fin entré en la cocina, mi hermano se negó a decirme nada, así que me lo contó mi hermana. Me dijo que mis padres nunca habían estado casados.

Que mi padre nos abandonó cuando yo tenía tres años. Yo pensaba que había muerto, pero vivía aquí, en Wolf Riven Estaba casado y tenía hijos…

—Kiera, por favor. No tienes que contarme todo eso.

—Pero es que quiero hacerlo —insistió ella—. ¿No lo ves? Te he estado mintiendo, he estado mintiendo a todo el mundo. Yeso no me gusta. No me gusta mentir, Sam. Mentía como lo había hecho mi madre, como lo habían hecho mis hermanos. Pero ya estoy harta. Sam, tú has sido maravilloso y… estar contigo ha sido para mí…

—Kiera, no sigas.

—Hacer el amor contigo ha sido…

—¡Por Dios, calla!

Kiera se quedó callada al ver su extraña expresión. Entonces, por el rabillo del ojo vio que algo se movía al otro lado del despacho y contuvo el aliento.

Y entonces, horrorizada, vio que su hermano salía de entre las sombras.

Capítulo Once

Trey Blackhawk estaba furioso. Pero no con Kiera sino con él. Y Sam se percató enseguida.

—Trey, ¿qué haces aquí?

—Yo lo llamé esta mañana —contestó Sam—. Antes de que Phillipe montase ese numerito en la cocina.

—Pero… no entiendo.

—Uno de los clientes del hotel te reconoció.

—¿Quién?

—La mujer de un ganadero. Según ella, te conoció hace dos años, cuando compraron un par de potros en tu rancho.

—Amanda y Tyke Madden —dijo Trey entonces—. No sé si te acuerdas, ésos que se llamaban «cariñito» y «cielito» todo el tiempo.

—Ah, ya sé de quién hablas —murmuró Riera—. Pero espera un momento…

¿Tú llamaste a mi hermano, Sam?

—Pensé que debería estar aquí.

—¿Tú pensaste…? ¿Y qué derecho tienes para meterte en mi vida? —le espetó Kiera—. Que nos hayamos acostado juntos…

—Kiera, por favor —la interrumpió Sam, cortado.

—Te has aprovechado de mi hermana —dijo Trey entonces—. La pobre estaba pasando un mal momento…

—¡Trey! Te lo agradezco mucho, pero no tienes que defenderme. Soy una mujer, no una niña —lo interrumpió Kiera.

—¿Y se puede saber para qué has venido a Wolf River?

—Porque tú no querías contarme nada —contestó ella—. Quería saber quién era William Blackhawk, quería ver dónde vivía, quiénes eran sus otros hijos. Quería entender por qué destrozó la vida de nuestra madre. ¿Por qué, Trey? ¿Por qué no me habías contado la verdad sobre nuestro padre? Toda la verdad. ¿Por qué sigues sin hacerlo?

—William Blackhawk era un canalla —dijo su hermano—. Eso es todo lo que tienes que saber.

—Eso no es todo lo que quiero saber —replicó Kiera—. Y tengo derecho a saberlo, además.

—Muy bien. Entonces, yo te lo contaré.

Los tres se volvieron al oír la voz de Clair.

Aquello no podía pasar, pensaba Kiera. Ella no quería hacerle daño a nadie. Los Blackhawk no tenían la culpa de que su padre hubiera sido un hombre sin conciencia.

—Clair, lo siento. No sabes cómo lo siento. Yo no quiero haceros

pasar por esto, te lo aseguro.

—Siempre ha habido algo entre tú y yo que no podía entender —dijo Clair entonces, mirándola fijamente—. Una conexión especial. Y ese parecido familiar…

casi podrías ser la gemela de Rand. Y tú te llamas Trey, ¿no es así?

—Sí —contestó él.

—Yo soy Clair Blackhawk. Bueno, Clair Carver ahora.

—¿Conociste a mi padre, Clair? —le preguntó Kiera.

—No, yo no crecí en Wolf River sino en Carolina del Sur. Viví allí hasta que conocí a Jacob. Volví hace unos meses.

—¿En Carolina del Sur? —repitió Kiera, sorprendida. Aunque eso era lo que Sam le había dicho aquel día, en su despacho.

—Mis padres murieron en un accidente y fui adoptada por una familia de allí.

Como Rand y Seth. Rand creció al oeste de Texas y Seth en Nuevo México.

—Pero tú tenías aquí a tu familia. ¿Por que os separaron? —preguntó Kiera.

—Yo te lo diré —contestó Trey—. Había tres hermanos Blackhawk, los tres de pura sangre cherokee. Thomas, el padre de Lucas. Jonathan, que era el padre de Rand, Seth y Clair. Y William, el padre de Dillon.

—Y nuestro padre —murmuró Kiera.

—William dejó de hablarse con sus hermanos cuando se casaron con mujeres blancas. Las consideraba impuras.

—Pero eso no tiene sentido… Nuestra madre era blanca.

—Era la fruta prohibida —suspiró Trey—. Por eso era más tentadora. Y por eso nunca se casó con ella. Mamá se enamoró de William Blackhawk cuando ya era viuda… pero sabía que nunca se casaría con ella porque era un maldito racista y un canalla.

Kiera querría odiar a su madre por ser tan débil, pero sólo podía sentir compasión por ella.

—Después de unos años, nuestra madre se convirtió en una carga para él.

Todos nosotros nos convertimos en una carga para él. Así que le dio a elegir: un cheque y no decir nada jamás o la dejaría sin un céntimo —siguió su hermano—.

Tenía cuatro hijos, ¿qué podía hacer la pobre? De modo que aceptó el dinero y se inventó una historia. Su marido había muerto en un accidente, intentando salvar a un niño que se estaba ahogando… Contó esa historia tantas veces que al final acabo creyéndola ella misma. Ahora, confundida como está por la edad y la enfermedad,

sigue creyendo que eso es lo que pasó.

De niña, Kiera había aprendido a no hacer preguntas sobre su padre. Por alguna razón que desconocía, nadie quería hablar de él. Y si alguna vez insistía, su madre se ponía a llorar y desaparecía en su habitación. Había oído al médico decir algo sobre un «problema nervioso», pero no lo había entendido hasta mucho después. Hasta que tuvieron que ingresar a su madre en una residencia porque ya no conocía a nadie.

Desde que era una adolescente, Trey había sido el patriarca de la familia.

Siempre dirigiéndolo todo con mano de hierro, perpetuamente enfadado con el mundo entero.

Ahora lo entendía. ¿Por qué había querido protegerlos a todos? Él sabía que su padre no había muerto, pero había dejado que sus hermanas y ella., que todo el mundo creyese esa mentira.

—Nuestro padre es la razón por la que Clair y sus hermanos fueron separados de la familia, ¿no?

—Le contó a todo el mundo que habíamos muerto en el accidente en el que murieron mis padres —dijo Clair, abrazándose a sí misma como si quisiera proteger al niño que llevaba dentro—. William Blackhawk era un hombre rico e influyente.

Sabía cómo manipular a la gente. Rand y Seth eran muy pequeños entonces y yo tenía sólo tres años. Los tres nos encontramos hace unos meses… y estamos intentando compensar el tiempo perdido.

¿El tiempo perdido?, pensó Kiera. ¿Cómo se podían compensar tantos años de mentiras, de soledad. Luego se volvió hacia su hermano.

—¿Y tú cómo sabías lo de Clair?

—Contraté a un investigador privado hace unos meses —contestó Trey—.

Quería saber quiénes eran los Blackhawk, qué clase de personas eran.

—Pues son maravillosos —afirmó Kiera apasionadamente—. Y se han portado muy bien conmigo.

Trey tomó su mano.

—Sí, lo sé. Pero ahora deberíamos irnos.

—No, esperad —dijo Clair entonces—. Quédate aquí… quedaos aquí esta noche. Hablaremos por la mañana, cuando todo el mundo esté un poco más tranquilo.

—Agradezco la oferta, pero no es necesario.

—Por favor, Trey —intervino Sam, que hasta entonces se había mantenido alejado del drama familiar—. ¿No te das cuenta de que

Kiera está agotada?

—No necesito que me digas cómo está o deja de estar mi hermana —replicó él, a la defensiva.

—Trey, por favor…

—Muy bien, nos quedaremos aquí hasta mañana. Pero tendremos que ir al motel a buscar tus cosas.

—No, no hace falta. Ya he pedido la cuenta en el Shangri-La. Tengo las maletas en el coche —dijo Kiera.

—¿Qué? —exclamó Sam—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Pues… ahora. Pero parece que todo se ha complicado…

—Vamos, Kiera —insistió su hermano.

Ella se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—Ve con Clair, por favor. Déjame un momento a solas con Sam.

Trey vaciló durante un segundo, pero después salió del despacho con la propietaria del Cuatro Vientos.

—No quería que te enterases así.

—No querías que me enterase en absoluto, ¿no? —suspiró Sam.

—Todo esto es tan complicado…

—Ya lo sé.

—Tengo que estar en París dentro de tres días, Sam. Tengo un contrato…

—¿Y ya está? ¿Ahora que has descubierto todo lo que querías saber te marchas sin mirar atrás?

—No es eso, de verdad.

—¿Entonces qué es?

—No puedo quedarme aquí. Mi padre era un racista y un nombre malvado que destrozó a su familia. Destrozó la vida de Clair, Seth y Rand. ¿Cómo van a mirarme a partir de ahora? Aquí no hay sitio para mí, no puede haberlo nunca.

—Me parece que no conoces a los Blackhawk en absoluto. Ellos han reconstruido sus vidas a pesar de la tragedia y están decididos a disfrutar de cada día con su nueva familia. Sin rencores, sin mirar atrás.

—Por eso es mejor que los dejemos solos —insistió ella—. Siento haber venido.

Siento haberte hecho daño… pero no lamento haberte conocido, Sam. Sé que ahora estás muy enfadado conmigo, pero…

—¡Tú no sabes nada! —la interrumpió él—. Apareces aquí, engañas a todo el mundo y luego te vas tan tranquila, como si no hubiera pasado nada.

—Lo siento mucho…

—Apareces en Wolf River, te metes en mi cama y…

—¡Yo no me metí en tu cama!

—¿Cómo que no? Haces que no pueda dejar de pensar en ti… Y yo no quiero pensar en ti. Sabía que escondías algo, sabía que estabas mintiendo, pero seguía deseándote —le espetó Sam, furioso—, Pero si quieres salir corriendo otra vez, es problema tuyo. Eso es algo que haces muy bien.

—No es que quiera salir corriendo. Es que tengo un contrato en París. ¿No me has oído antes?

—Si no fuera París sería otro lugar —contestó él, mirándola con frialdad.

Kiera apretó los puños para no abrazarlo.

Lo amaba y ése sería su castigo, pensó. Porque lo querría siempre, siempre recordaría cada minuto del tiempo que habían pasado juntos. Por alguna razón, Sam Prescott era el hombre de su vida. Su hombre.

Pero de alguna forma consiguió levantar orgullosamente la barbilla y mirarlo a los ojos. Incluso consiguió decirle adiós.

Y consiguió también darse la vuelta y salir del despacho sin ponerse a llorar.

A la mañana siguiente, Sam estaba mirando por la ventana de su despacho.

Pero no veía nada. Sólo veía el rostro de Kiera cuando salió de allí el día anterior.

Sólo podía pensar que iba a marcharse. Que iba a alejarse de su vida para siempre.

Furioso, le dio una patada a la silla. Pero no sirvió de nada. Sentía algo por dentro, como una mano que apretase su corazón y no lo dejase respirar.

Y no sabía qué hacer.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Qué pasa, no has pegado ojo en toda la noche?

Cuando se volvió, Clair estaba en la puerta de su despacho, con un traje azul y tan fresca como una rosa. A su lado estaban Dillon y Jacob.

—¿Refuerzos?

—Amigos. Y tengo la impresión de que a ti te vendría bien tener alguno a tu lado en este momento.

—Ya, claro. ¿Qué te ha parecido enterarte de que tienes cuatro hermanos más, Dillon? Tres hermanas y un hermano encantador. Vamos, en cuanto conozcas a Trey no podrás dejar de llamarlo a todas horas —replicó Sam, sarcástico.

—¿Qué os había dicho? —sonrió Clair.

—Sí, está fatal —contestó Dillon—. ¿No te parece, Jacob?

—Yo he pasado por eso hace unos meses. Entiendo al pobre hombre.

—¿De qué estáis hablando?

—De Kiera, cariño —sonrió Clair.

—Sí, bueno, Kiera… Vaya con Kiera. A mí no me gusta que me mientan… y también te ha mentido a ti, así que no sé por qué estás tan contenta.

—Sí, bueno, no ha tenido más remedió la pobre.

—¿La pobre?

—Ha mentido por una razón. No nos conocía de nada, no sabía cómo íbamos a reaccionar. Ni siquiera quiso decirnos quién era, nos enteramos por casualidad —

insistió la propietaria del Cuatro Vientos—. Ella no quería hacerle daño a nadie, Sam.

Dale un poco de tiempo…

—¿Qué tiempo? ¿Es que no sabes que se marcha a París? ¿Qué puedo hacer yo ahora?

—No lo sé. Chicos, ¿se os ocurre algo?

—Yo no quiero intervenir —contestó Dillon.

—Dios me libre de meterme en la vida de los demás —dijo Jacob —. Pero Kiera acaba de entrar en el ascensor con su hermano. Y llevaban las maletas en la mano.

* * *

El delicioso aroma de las rosas llenaba el vestíbulo del hotel. El ramo, enorme, colocado sobre una mesa circular en el centro, daba la bienvenida a los clientes del Cuatro Vientos.

Y les decía adiós.

Con el corazón encogido, Kiera se detuvo un momento. Era curioso que hubiese vivido en seis estados diferentes y trabajado en ocho grandes ciudades, pero Wolf River fuera el único sitio que le parecía su casa.

—¿Nos vamos? —preguntó Trey.

—Sí, claro.

—¿Por qué no esperas aquí? Voy a buscar la furgoneta… Me parece que está empezando a llover.

—De acuerdo.

Kiera lo vio salir del hotel, pensativa. Cuando se abrieron las puertas de cristal un relámpago iluminó el cielo.

«Qué apropiado», pensó.

—Buenos días, señorita Kiera —la saludó Joseph, el conserje—. ¿Se va a atrever con esta tormenta?

¿Se va a atrever con esta tormenta?

Kiera miró el cielo y pensó que no era nada comparada con la tormenta que había en su interior.

¿Se atrevía con esa tormenta?

¿O como Sam había dicho, estaba huyendo otra vez?

—¿Se encuentra bien, señorita Kiera? —le preguntó Joseph.

—No… me parece que no.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No —contestó ella—. Creo que tengo que hacerlo yo misma.

Y después de decir eso corrió hacia el ascensor y pulsó el botón varias veces, impaciente.

—Venga, venga… date prisa.

Cuando las puertas se abrieron y Kiera iba a entrar sin mirar, se chocó con Sam.

—¡Sam!

—No te vas de Wolf River. No voy a dejarte.

—Yo iba a subir…

—¡No digas una palabra más! Ahora te toca escuchar a ti. Mira, yo he visto a mi madre casarse y divorciarse media docena de veces. Tiene zapatos que le duran más que los maridos. Ni siquiera me acuerdo de todos los nombres…

—Pero…

—No, anoche hablaste tú y ahora me toca a mí —la interrumpió Sam—. Todos eran tipos más o menos decentes… bueno, todos menos uno. Un día estuvo a punto de pegarla, pero afortunadamente llegué a tiempo. Era el marido número seis, el último. Parece que por fin mi madre aprendió la lección.

—Sam, estamos…

Pero él no le hizo caso.

—Harto de ver cómo mi madre cambiaba de marido, decidí ingresar en el ejército. Luego estudié hostelería y viví de ciudad en ciudad. Me gustaba vivir en sitios diferentes, ver caras diferentes. No quería tener raíces. No quería casarme ni tener familia y pensé que mis hermanos le darían a mi madre los nietos que tanto deseaba.

—¿Tienes hermanos?

—Tres hermanas y dos hermanos —contestó Sam—. Yo soy el mayor.

—Ah, por eso eres tan mandón.

—Mira, Kiera, me da igual quién fuese tu padre o lo que hubiera hecho. Me da igual que me ocultaras tu pasado. Lo único que me importa eres tú, Kiera Blackhawk.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. En realidad, era la primera vez que alguien la llamaba por su verdadero nombre.

—Si quieres irte a París, de acuerdo. Iremos juntos. Hay muchos hoteles en París, así que encontraré trabajo enseguida. Iré a China si eso es lo que quieres, maldita sea. Pero no me dejes. Cásate conmigo, Kiera.

—¿Quieres… quieres que me case contigo? —preguntó ella, atónita.

—Ahora mismo. Mañana, cuando tú me digas.

—Pero…

Kiera no sabía qué decir. O, más bien, tenía un nudo en la garganta y no podía pronunciar palabra.

—Ayudaría mucho que le dijeras que la quieres —oyeron una voz a sus espaldas.

Era Clair, que acababa de salir del ascensor y estaba presenciando la escena en silencio… como solía hacer, por otra parte. Desde luego, no podía negar su herencia cherokee. Nunca hacía el menor ruido.

—Te amo, Kiera. Te amo con toda mi alma.

—Yo también te quiero —dijo ella por fin, levantando una mano para acariciar su cara—. Subía a tu despacho para decírtelo.

—¿No ibas a marcharte?

—No sin decirte lo que sentía —contestó Kiera—. Aunque me hubieras rechazado, quería que lo supieras, Sam. Incluso pensé que podría quedarme en Wolf River y enfrentarme con todo si tú estabas a mi lado.

—Me gustaría que intentases librarte de mí —sonrió él, tomándola por la cintura—. Dime que sí, Kiera. Dime que te casarás conmigo, que tendrás hijos conmigo.

«Hijos», pensó ella. En plural. Hijos con Sam Prescott.

La idea era más que tentadora.

—Sí —dijo por fin—. Sí a todo lo que has dicho.

Entonces se besaron, sin percatarse de que tenían público alrededor. De hecho, se había formado un pequeño grupo de gente que observaba atentamente la escena.

—Esta familia crece por días —murmuró Dillon.

Clair sonrió.

—¿No es maravilloso?

—¿Qué está pasando aquí?

Al oír la voz furiosa de Trey, Sam arrugó el ceño.

—Vamos a casarnos, Blackhawk. Eso es lo que pasa.

Trey miró de uno a otro.

—Si le rompes el corazón, yo te rompo las piernas —dijo, ofreciéndole su mano

—. Bienvenido a la familia.

Después de tan inusual bienvenida, Sam estrechó la mano de su futuro cuñado y se volvió para pulsar el botón del ascensor.

—Dime que me quieres otra vez.

—Te quiero, Sam Prescott —sonrió Kiera—. Te quiero, te quiero…

Las puertas del ascensor se abrieron y los dos entraron ante el aplauso general.

Sam pulsó el botón de la quinta planta.

—Dime que vas a casarte conmigo.

—Otra vez dándome órdenes —suspiró ella, echándose en sus brazos—. Me casaré contigo, Sam Prescott. Hoy, mañana, cuando tú digas.

Sam la besó, disfrutando de sus labios mientras el silencioso ascensor los llevaba a su suite. Clair y Jacob se encargarían de cualquier problema durante al menos una hora. Quizá incluso dos.

—Dime que me harás un soufflé de chocolate cada mañana durante el resto de nuestras vidas.

Kiera soltó una carcajada.

—Eso sería aburridísimo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Sam la tomó en brazos para llevarla por el pasillo.

—Cariño —murmuró, besando apasionadamente su cuello—. Si hay algo de lo que estoy completamente seguro es de que en nuestra vida nada será aburrido.

Fin